Rafael del Moral

MARTA Y LOS OTROS

Edición para Scribd

Rafael del Moral fue profesor de inglés en el colegio Menesiano desde el año 1978 hasta 1981, y de Lengua y literatura en el Liceo francés a partir de entonces.

En 1989 se doctoró en la Universidad Complutense con una tesis sobre la narrativa: **Madrid como escenario literario en la novela española** (1936-1975). Fue publicada en 1991.

Es autor de la novela **Aires de tímida doncella** (1991) y del libro de relatos **Quince historias de amor** (1992).

En 1993, obtuvo el premio Valdeamera por su cuento **Seguir a Teresa**.

Marta y los otros fue escrita en 1992 y renovada sin alterar su contenido en 1996. En el año 2005 fue publicada en la editorial Tal Vez.

Marta y los otros desnuda pasiones ocultas, intereses cruzados y sueños frustrados que salpican a personajes tan reales y cercanos como insólitos, acomplejados e insólitos.

La urgente necesidad de profesores de inglés obliga a un colegio masculino de frailes, que durante cien años solo ha sido frecuentado por hombres, a contratar a una profesora, Marta, y a un profesor nóbel, Matías.

La personalidad de la joven, desbordante y seductora, subyuga y altera a los profesores. Maquinaciones, alteraciones, envidias y celos provocan un duro incidente que los clérigos ocultan, pero un investigador recóndito y anónimo que se hace pasar por psicólogo se encarga de informar en secreto de lo ocurrido.

"*Marta y los otros* es un relato de intrigas engalanado con un mosaico de gentes melancólicas y atrevidas." ha dicho el crítico literario Jorge

© Rafael del Moral, 2005
© Editorial Tal Vez, 2005
Teléfono: 914 489 832
I.S.B.N.: 378-84-612-5325-8
Ed. Tal Vez
Printed in Spain / Impreso en España por

NOTA PRELIMINAR

Los informes que aparecen en este libro han llegado a mis manos porque un ciudadano amigo o colaborador, que no se ha querido identificar, pasó por aquí y dejó en lugar oculto una colección de cartas ya abiertas y ya enviadas ellas a un apartado de correos de esta ciudad. Aunque escasas en popularidad y difusión, gozan mis publicaciones de estima y están dirigidas a un público tan minoritario y postergado que nunca podrá enriquecerme. Una secretaria descubrió la bolsa. Se ocultaba entre otros proyectos. Traía una escueta nota sin firma: *Correspondencia aparecida en el sótano de la vivienda que acabo de adquirir. Ruego discreción y cautela.* Me he limitado a suprimir algunos pasajes, a numerar y titular los veinte informes y a imprimirlos por orden de fechas junto con la carta en

que el desconocido psicólogo J. de Carrión (tal vez un detective, o un astuto ciudadano al servicio de una autoridad eclesiástica poderosa de nuestra ciudad) acepta hacerse cargo de la investigación. Llamé primero *Normandía* a esta furtiva colección, pero he cambiado el nombre y la titulo ahora *Marta y los otros* porque así entiendo mejor la historia. Espero que el lector comprenda también mis razones.

El editor

Carta primera del autor donde acepta hacerse pasar por psicólogo para investigar un difícil caso de enajenación mental. Madrid, 6 de septiembre de 1979. Reverendo padre General: Le agradezco haya puesto en mí su confianza y me lo haga saber con medidas tan sutiles. Le confirmo que acepto hacerme cargo de la investigación con los recelos que he de señalar, y prometo, como me pide, desvelar el fondo de la verdad, aunque para ello necesite recurrir a artes muy depuradas. Y si no llegara a poner la luz que exige Su Reverencia hasta desvelar los más ocultos resquicios será porque alguien se ha llevado el secreto a la tumba.

Y pues me pide prometa ser prudente con todos y cada uno de los miembros de la Comunidad de Hermanos de la Instrucción Cristiana y profesores seglares contratados, así yo prometo que lo haré.

Tendrá ya noticias de las dos entrevistas que he mantenido con el hermano Director. Parecía reservado en la primera, pero en la segunda abierto y dispuesto a crear el puesto que

he de ocupar y que ha de velar por el estado mental de profesores y alumnos. Ha lamentado el prelado que la orden no disponga de dedicación tan *menesterosa* (así ha dicho) entre los *hermanos consagrados*.

Prometo también enviar los informes con la regularidad que solicita, pues ha de saber que me hago cargo de la necesidad de tener constancia de la adhesión que he de profesar en todo momento a su recóndita causa. No puedo asegurar, sin embargo, un aporte sistemático y denso de datos, pues el tiempo es en nuestro oficio gran consejero y amigo para vencer esos afilados obstáculos tan invisibles e insospechados. He presentado los certificados y la carta del señor Obispo cuya excelencia, como sabe, no tengo el honor de conocer aunque he de hacerlo en los próximos días. Antes de que descubran la inautenticidad de mis credenciales si por algún engorroso descuido llegaran a dudar de ellas, confío en tener concluido mi trabajo.

UNO
LOS DETALLES DE LA AGRESIÓN

Pues debe usted saber que nadie sospechó aquella mañana de los hechos, ni ninguna otra de la vida sencilla del agresor, ni siquiera cuando se presentó por primera vez en el colegio, nadie, digo, debió sospechar, que el pasado 17 de mayo, día de lluvia y frío, mientras explicaba el significado de *by speeding* había de perder todo contacto con el mundo de la razón. Dicen que le oyeron decir: *No busquéis ningún paralelismo con el español*, y que quedó inmóvil y en silencio. Los estudiantes leían la frase *He doubled the production by speeding the lines*. Sacó una navaja de la cartera. Salió de clase y entró en otra unas puertas más allá, y asestó cuatro puñaladas certeras a la profesora Marta Villalobos que en aquellos momentos podría haber esperado cualquier barbaridad excepto la re-

pentina visita de la muerte. Han pasado cuatro meses y cinco días y se han borrado huellas y marcas como si un omnipotente olvido hubiera oxidado los enmohecidos resortes del recuerdo. Una mujer ha pasado por esta casa y ha desaparecido sin huellas para que ningún cronista le conceda la inmortalidad que yo secretamente he de atribuirle. Hay quienes creen que la mano asesina no fue la ejecutora, pero nadie osará lanzar acusaciones mientras permanezca el perturbado en el hospital psiquiátrico. ¿Quién y por qué pudo querer deshacerse de la mujer con procedimiento tan escandaloso? ¿Quién estaba interesado en su desaparición? Parece obra, créame, de algún espíritu perverso inspirado fervorosamente en el fanatismo. Era un día como tantos otros y salió repentinamente de clase para matar a la primera y única profesora de la Institución. Dicen los alumnos que se fijaron en él, que antes de iniciar el fúnebre paseo miró al vacío. Introdujo después la mano en su cartera, negra y ajada. Lo vieron sacar un indescriptible objeto y salir

de clase sin excusa. Nadie supo explicar aquella irracional fuga. Los alumnos fueron elevando el tono de voz hasta hacerlo vibrante, ensordecedor, para caer después en un silencio repentino, tal vez largo, tal vez brevísimo, que eso no lo recuerdan bien (ni se ponen de acuerdo) cuando unas clases más allá oyeron alaridos desaforados, precipitadas carreras, profesores que pedían calma, gritos descompasados que exigían serenidad. El mismo tumulto impedía encontrar sentido a aquel horror. La fantasía ilimitada y vacilante de quienes todavía ignoraban el infortunio viajaba por mareos repentinos, que ya tenían que ser graves para aquel movimiento, hundimientos de suelo, súbitos ataques de locura, infartos, enfrentamientos enconados, tal vez, entre profesor y alumno, que razones no faltaban muchos días, o entre alumnos de diferente opinión que hubieran utilizado la fuerza, o cualquier otro instrumento agresivo o arrojadizo, pues los cambios políticos abonaban por entonces la defensa infundada de ideologías. Dicen que Avelino Pozas oyó

el estrépito desde su despacho de director técnico mientras redactaba una carta; que subió las escaleras de dos en dos, con un bolígrafo en una mano (de tinta azul y cuerpo transparente) y un trozo de papel borrador en la otra; que pretendía el prefecto, como era su costumbre, tomar nota de lo ocurrido; que corrió convencido de que el griterío y empecinamiento no podía justificar la una invasión indisciplinada de los pasillos. Y quiso, con escasa ayuda y voz inaudible, pedir que volviesen con urgencia a las aulas quienes las habían abandonado, que eran casi todos, y nadie hizo el menor caso porque lo que ya oían que había pasado autorizaba a transgredir la incondicional y ciega obediencia. Y aún los chicos disciplinados de la clase del agresor esperaban que volviera el profesor a explicar el *by speeding* cuando Avelino Pozas se personó acalorado y tembloroso, con pasos largos, y subió a la tarima para decir, ignorante aún, que el profesor había de volver enseguida. *¡Pero hermano, si se ha muerto!* Dijo un chico a lo loco. Y él no lo quiso oír. Y

cuando Avelino salió de la clase crecieron los movimientos rápidos por los pasillos, las voces, los gritos aislados, los silencios patéticos y sostenidos y un aire denso de tragedia que daba forma a la evidencia. Los rostros se inflamaron de horror. Nadie había notado que el profesor de inglés estuviera enfermo. Un alumno contó ya en el pasillo que cuando explicaba la frase *He doubled the production by speeding the lines* se detuvo en el significado de *by speeding*. Y que luego debió sentir el mal, y que por alguna razón que había de ser muy privada sacó algo de la cartera, tal vez una caja de pastillas o cualquier otra medicina, y que se fue de repente sin decir nada, pero creía que había hecho un gesto para que lo esperaran. Otros chicos no habían visto ademán alguno, sino que creyeron verlo sacar una pluma estilográfica de la cartera. No era un ataque al corazón, no, sino a la cabeza, sí, a la razón, una perturbación mental, seguramente accidental, aunque con rasgos de perdurable. Avelino Pozas no supo dar la noticia a los chicos que todavía no la conocían y

tampoco a los padres, a cuyos oídos llegó de boca en boca y con versiones azuzadas por la imaginación pero con el inequívoco y único mensaje de la muerte de la profesora Villalobos. Ninguno de los que vieron el cuerpo de la agredida se sintió capaz de alimentar la imaginación con desmedidas barbaries, pues no existía para ellos nada más atroz y sangriento. Y no hubo tiempo para redactar una carta antes de que los chicos llegaran a sus casas contando sus cándidas versiones, y los que habían visto al perturbado entrar en la clase de la profesora que yacía sin sentido, narraran fríamente y sin lenitivos el crimen repugnante.

El hermano Avelino Pozas bajó al recinto de entrada. En uno de los sofás estaba el cuerpo maniatado del profesor, ya calmado, y la camilla improvisada de la profesora, agonizante, con varias puñaladas en el pecho tan profundas y agónicas como el reguero de sangre hizo sospechar a cuantos tuvieron la oportunidad de verlo. Y cuando la sirena de la ambulancia se impuso señera sobre lo que ya no eran más que

susurros, solo el hermano Ferrer no se había enterado, o no había querido saber de la desgracia. Leía a sus alumnos, según declaración irónica de uno de ellos, un brillantísimo fragmento de las *Cartas Marruecas* de Cadalso. Y lo hubiera seguido leyendo mientras los médicos certificaron la muerte. La policía detuvo al profesor de inglés y el juez autorizó el levantamiento del cadáver. Así de ciega era la entrega y contribución con la disciplina y el orden que el fraile se había impuesto.

Un profesor que aún está aquí y que se precia de haber conocido a la agredida, ha colocado un epitafio en la tumba de Marta: *Murió con sus ilusiones intactas*, y una réplica del mismo cartel figura agresiva en una modesta esquina del tablón de anuncios de la sala de profesores.

Un especialista traído de Irlanda y otro seglar amigo de la orden sustituyen ahora las vacantes de los desafortunados. Llegaron éstos respaldados por el padre Fulgencio, persona amiga y protectora de la orden.

Toda la comunidad educativa ha recibido el consejo y la prescripción de poner una venda en sus miradas hacia el recuerdo.

DOS
HÁBITOS, PRÁCTICAS Y VOLUNTADES

Permítame informar, en esta segunda semana, sobre asuntos que van a parecer secundarios, pues de poco tiempo he dispuesto para llegar a los principales. Y como los hábitos de la institución bien pudieran estar en el fondo de las razones, a ellos he de dedicar las siguientes líneas.

La comunidad reza maitines y oye misa antes de desayunar café con leche, tostadas de mantequilla y mermelada, y frutas diversas. Luego, haciendo buenos todos los inconvenientes de la cotidianidad se esparce con ese paso medio devoto y pueblerino, y se reparte por las

clases, por los despachos, por las lúgubres dependencias.

El hermano Gerardo, enlutado hasta los pies, superando escaleras y pasillos con esfuerzo, se instala junto a los teléfonos con un libro de pasatiempos, un periódico y un paquete de negro que nunca saca del bolsillo: tiene en la punta de los dedos un color amarillo—nicotina que se acentúa día a día cuando minuciosamente intenta aprovechar los restos de su cigarro. Responde a los saludos en un tono menor al que recibe. Es parco en palabras, preciso y fugaz. Lo que ve de lejos, que no es mucho, lo interpreta con tanta dificultad que para avisar a los profesores que se siente capaz de identificar (que a los que no identifica no les pasa aviso) avanza la cabeza, observa fijamente y sólo algunas veces acierta. Ceñudo y triste, envuelto en una sotana rancia, entumecida y cubierta de diminutas motas blancas de escama en las hombreras, despide un olor plúmbeo y viscoso.

Fray Rogelio, el ecónomo, se desplaza ensimismado, con penosos esfuerzos, y arrastra los

pies para mantenerse recto, para no sentir ese dolor agudo de estómago que tantas noches lo deja sin dormir y que él intenta remediar con oraciones, lamentos y mal humor. Si alguien le dice: *Buenos días*, él contesta: *No tan buenos, no tan buenos*. El trabajo calma un poco el malestar. Con las sumas, la firma de cheques y la búsqueda incesante del saldo se siente algo mejor. Por conocer el saldo pasaría las horas muertas ante las cuentas para luego afirmar con orgullo: *Je, je, tenemos un superávit de veinticuatro mil doscientas veinticinco*, o bien: *Este mes las cosas nos van peor, qué narices, no sé como va a recuperar la orden doscientas treinta y tres mil pesetas de déficit*. A fray Rogelio le gusta distinguir (y se ufana al contarlo) entre gastos inútiles y necesarios. Son los primeros los destinados al pago de las bebidas alcohólicas de la comunidad, al dinero de bolsillo de los hermanos jóvenes, a la nómina de los profesores seglares y a las obras de albañilería programadas para empezar destruyendo algo; los gastos necesarios son todos los demás. Se

muestra Rogelio muy en contra de aquellos hermanos recién incorporados que, pervertidos por el materialismo, por las ideas que reciben en la universidad (dominada por el ateísmo) y por ese nuevo gobierno, tan bien avenido con los comunistas, piden con demasiada frecuencia su cupo de dinero de bolsillo. Y aunque no le corresponde a él encargarse del control (que esa tarea la encomienda la orden a la conciencia individual de cada hermano) está al corriente, sin gran esfuerzo, de los elevadísimos gastos personales de los frailes más jóvenes, y de los escandalosos y probablemente paganos destinos de sus dispendios. El hermano Rogelio no es admirado en el centro ni por su cordialidad ni por su buena gestión, sino por el dinero que maneja. Los profesores laicos, incapaces de entender la mezquindad de sus cuentas a final de mes, lo odian. Los frailes, que tienen prohibido el odio, han terminado por ignorarlo. Rogelio, sin embargo, goza de las simpatías de un confidente con quien comparte sus creencias y opiniones, lo que él llama sus intimidades y rara

vez sus sufrimientos. Hablan después de cenar mientras los más jóvenes emprenden partidas de dominó y los entrados en edad señera charlan, e incluso ríen, apenas concentrados en una relajada tertulia insulsa y contenida. Rogelio y Ferrer, impulsados por lo que ellos llamaban el *espíritu recto*, critican las modernas tendencias de la orden, sin duda influidas por la simpatía hacia liberales e izquierdistas que corren por estos tiempos, y que han surgido tras la muerte del que ahora llaman el dictador, pero que tan bien supo conducir los destinos de una nación elegida desde tiempos remotos como ejemplo de cristiandad y de lealtad a la iglesia católica y romana. Los dos amigos se congratulan con sus coincidencias y, de vez en cuando, en el furor de la conversación, se dan la mano, y la aprietan con fuerza para demostrarse que ellos sí que están sólidamente instalados en los principios que han inspirado la orden, en los que se ha desarrollado rectamente durante decenas de años y en los principios que, si llegaran a desaparecer, como parece posible que suceda,

provocarán la caída de la institución, sí, de todo el sistema, de todo un siglo de entrega y difusión de la enseñanza cristiana por los cinco continentes. Exacto, Rogelio, exacto confirma el hermano Ferrer. Y pronuncia con tanto énfasis la *c* que suena como *s*. Luego hablan de detalles más insignificantes, y también se apoya el uno en el otro: *Y yo tampoco, Ferrer, y yo tampoco me lo explico. Si ha estado prohibido durante tanto tiempo, es de tontos ponerse a fumar ahora*.

A veces se hubiera podido creer que Avelino Pozas tiene el don de la ubicuidad y la virtud de no molestar a nadie con su presencia, ni siquiera a los propios alumnos, y eso si que es raro en un hermano prefecto. Los profesores se encuentran cómodos a su lado, aunque apenas habla. Fray Avelino no tiene despacho, sino una habitación con una gran pared para organizar los horarios, una mesa antigua, pasada de moda, y tres sillas. No tiene armarios, sino un viejo archivador metálico recuperado *in extremis* del desván; no tiene carpetas de documentos, sino

papelitos doblados y cortados donde va anotando sus quehaceres; no tiene envergadura, sino un cuerpo enjuto y seco; no tiene apenas ropa, alterna dos camisas grises y una chaqueta de lana también gris; no tiene cartera negra, lleva los libros y papeles en la mano; no tiene pluma estilográfica, sino un bolígrafo Bic azul transparente que es el único que usa; no tiene gafas, ni anillo. Un reloj esférico y enorme con números árabes sobre un fondo amarillento constituye su tesoro material más preciado. Por no tener no tiene enemigos, ni malas palabras, ni rechazo por nadie, ni sonrisas, ni decaídas de ánimo. Es un hombre cabal que dedica todas las horas del día y muchas de la noche, a cumplir con su obligación, como ha hecho desde que ingresó en la orden, sin pedir nada a cambio, sin quejarse y sin hablar de su entrega incondicional. Cuando después de cenar se reúnen los hermanos para ver algún programa de televisión aconsejado o para charlar, o para jugar al dominó, él se sienta a leer en un extremo de la sala y cuando le hablan contesta con voz

entrecortada y tímida. Se retira a la hora convenida a su habitación y allí sigue leyendo hasta las doce. Luego se levanta mucho antes de la salida del sol, a las cinco en punto. Después de dedicar unos minutos a la oración, redacta unas líneas encabezadas con la fecha del día anterior que justifican, según cree, las decisiones que se había visto en la necesidad de tomar. Las horas libres de la tarde, que no empiezan hasta las siete menos cuarto, las dedica a la preparación de las clases. Un hermano de la Instrucción Cristiana no puede, por muchas obligaciones que tenga, abandonar su función principal.

Quiero, por último, poner de relieve y dejar claros algunos rasgos relevantes del hermano Luis, a quien, a principios del año pasado, le encomendaron una vez más, según sus palabras, dirigir los destinos del más importante centro de la Institución. Ya tenía decidido llevar a cabo, para cumplir humildemente con el voto de obediencia, cualquier obligación que se le impusiera, grande o pequeña. Los hermanos aseguran haberlo visto asistir con hombría y co-

medimiento, en su sillón central, a las reuniones que le obligaba su cargo y, horas más tarde, en la comida, retirar la mesa, fregar los platos y barrer el comedor cuando ha habido necesidad de hacerlo. Nunca escatimó un minuto por dedicarlo a los demás con mayor o menor cordialidad y agrado, con lo mejor que sabe hacer, y eso a pesar de que, en el fondo, lo que a él de verdad le interesa (y no diré cómo lo he sabido porque no interesa tanto en este asunto) es la lectura de Virgilio en su lengua original, tan abandonada por su dedicación, visitas y compromisos. El hermano Luis soporta con amor y media sonrisa cualquier contratiempo en su diario acercamiento a los clásicos. Por eso el pasado curso no hizo la menor mueca de desconsuelo cuando aceptó hacerse cargo de la organización de la fiesta de aniversario del fundador, pues ningún hermano estuvo dispuesto a responder cuando pidió voluntarios. Ni mostró el menor desaliento, ni lo oyeron lamentarse por no haberlo solicitado directamente a alguno de los hermanos jóvenes, quienes,

respetuosos todavía con el voto de obediencia, no hubieran podido negarse... Debió pedir primero fuerzas a Dios y escribir después la lista de ilustres personas a quienes debía comunicar la alegría de la fiesta, entre quienes, sin duda, habían de estar los representantes de la Institución. Después debió preguntarse si la vida de aquel santo varón fundador había sido tan ejemplar como la cuenta el único libro que la recoge. Tal vez, en aquel momento, para su propio solaz, y sin pensar que aquello pudiera significar desprecio, pensó él otra historia más edificante, la que Tito Livio escribió en *Ab urbe condita*. Sería más de media mañana de algún día de octubre del pasado curso cuando el hermano Luis entró en su despacho. En la pared, en lugar privilegiado, una orla, espaciada y antigua. El hermano Luis es el tercero. Cuando el latinista la mira se siente feliz recordando las largas tardes de traducción, de encantos lejanos y universales detrás de cada frase, detrás de cada página de aquella lengua vetusta y cabal, tan armoniosamente organizada por César

y Terencio, tan sólidamente armada por los siglos. Ahora ya no son las fotos de las orlas tan oscuras, ni se llevan las gafas redondas, ni los peinados hacia atrás. El hermano Luis, cuyos votos y humildad le impiden tener secretaria, marcó, aquel día, un número de teléfono y solicitó hablar con el padre Fulgencio. Quería recordarle, con énfasis y afecto, que había de concederle el honor, si él quería aceptar, de presidir la fiesta del fundador, del venerable Jean Dumer. El padre Fulgencio le prometió que sí, que estaría allí, y que consideraba su ofrecimiento una inmerecida distinción.

TRES
PROFESORES DE INGLES

Ya le advertí que imponer regularidad y extensión en los informes podía obligarme a redactar más sospechas que hechos probados. No crea, sin embargo, que el anterior fue preparado y construido por mi imaginación. Puedo asegu-

rarle que mi experiencia y oficio (y permítame la inmodestia) son capaces de intuir con acierto lo que en palabras y gestos no quieren expresar mis confidentes, generosos y locuaces.

Y como por algún cabo hay que llegar al ovillo voy a dedicar este tercer envío a contar los orígenes, ardores, oprobios y entrega del colaborador seglar Mauricio Lanz, exfraile ahora y profesor antes en el colegio de Burgos al servicio del padre Fulgencio que por entonces aún no había sido destinado a Madrid. Ha sido Lanz estudiante en Dublín, y antes profesor de filosofía, y mucho antes aún cabrero al servicio de su padre en los confines de Castilla.

La vida del hermano Mauricio Lanz empezó a cambiar el día que se recibió en su convento de Burgos una carta certificada de Madrid que recomendaba, y no ordenaba, que alguno de los hermanos añadieran a su formación un curso rápido e intenso de lengua inglesa, pues de aquellos saberes estaba necesitada la orden y urgía que alguien siguiera tan preciado consejo. Una nueva carta, también de

Madrid, exigió un mes después como respuesta al silencio que *tomaran medidas utilizando todos los medios a su alcance*. Entonces Lanz bien por sentirse distinto, o bien por su afán de conocer, o por no sé qué impulso de la voluntad o qué demonios, aceptó. Para el colegio de Burgos aquel enrevesado idioma, el inglés, había de ser obra de Satanás, y buena cuenta de ello daba el que sus hablantes, británicos y americanos, hubieran seguido a Lutero y no a la iglesia de Roma. Durante los años en que el devoto hermano Mauricio Lanz estudió la lengua de los renegados (que todos los conocimientos, vengan de donde vengan han de ser buenos para los hombres) nadie podía imaginar que la lengua de los vecinos y católicos franceses había de caer tan repentinamente en desuso y, sin tiempo para remediarlo, llegara a ser desplazada por la de los hermanos separados protestantes. La renovación enfrentó en el interior de la orden a frailes de todas las edades con los pocos que entendieron la reforma. En el segundo grupo estaba el hermano Mauricio. Su bien ga-

nada reputación de hombre pío y de buenas costumbres le valieron para encabezar, sin excesivo escándalo, las iniciativas para la nueva disciplina. Al hermano Mauricio le compró el hermano ecónomo el curso Assimil y un diccionario. Un profesor burgalés que había aprendido la lengua festivamente coleccionando las medias páginas que el diario *Pueblo* dedicaba a la enseñanza de la misma (y que luego perfeccionó en un viaje a Boston que había tenido la fortuna de ganar en un concurso de radio) iba al convento—colegio todos los lunes, miércoles y viernes y explicaba las lecciones del método al fraile Mauricio, quien pronto destacó por su hábil dicción y manejo. Luego la orden lo envió a Irlanda, país católico donde el propio Mauricio buscó alojamiento en los dominios de una hospedería-convento de Dublín, y vivió allí más de un año, y asistió a clases intensivas de mañana y tarde, y viajó por las Islas Británicas, y aprendió que una lengua no es nada sin la civilización del pueblo que la usa, y conoció a fieles y a infieles. Y fue por aquellos parajes, y no en

lo recóndito de su congregación, donde descubrió que la de Burgos, siendo como era una desmedida y grandiosa catedral, tenía más competidoras de lo que hubiera sospechado, y no todas ellas dedicadas a propagar la religión verdadera. Y que los ingleses eran mucho más numerosos que los burgaleses. Y que comer a las dos y media, y no a las doce, y cenar a las nueve, y no a las seis, más que la regla era la excepción. Y que el infierno, y esto sí que fue un pensamiento cruel, había de estar más lleno de británicos protestantes que el cielo de católicos burgaleses. Cuando Mauricio volvió con los suyos, lo que le pareció más británico de todo lo que volvía a ver en su tierra fue el cuerpo de la muchacha que atendía el teléfono. Y no porque hubiera sido diseñado de manera particularmente estética, sino, tal vez, porque era el único signo de paganismo que recorría los pasillos de la orden. Dos años y medio después de su regreso de Irlanda se casó con ella. La dispensa de Roma había llegado solo doce días antes de la boda. Fue una ceremonia íntima a la

que tuvo a bien asistir, en representación de la comunidad, el padre Fulgencio, un hombre de bien por entonces encargado de las relaciones externas de la comunidad y que fue capaz de entender a Mauricio y atribuir al altísimo tan humana decisión. La congregación, sin embargo, lamentó la pérdida, y sólo encontró explicación a lo acaecido por la secreta influencia de Satanás, tan capaz de dominar a cualquier persona que se le acerque. El exfraile Mauricio no parecía culpable directo del expolio del único especialista en inglés, lengua de paganos, y dejaba entre los queridos hermanos que no habían tenido ocasión de conocer los secretos de su entendimiento una estela del buen hacer en todo lo que no fuera el perdido amor por la telefonista. Lo que vino después en su vida civil fue bien sencillo, pero hubiera podido ser enormemente complejo de haber solicitado un puesto de profesor de filosofía, o de historia, o de literatura, disciplinas tan frecuentemente saturadas de candidatos. La labor colaboradora del padre Fulgencio, amigo de la Instrucción

Cristiana, facilitó que este colegio, necesitado de expertos en inglés educados en el sólido pedestal de la religión católica, aceptara gustoso a Mauricio. Su condición de exclaustrado en vez de perjudicarle fue, avalada por el padre Fulgencio, una garantía. Si Roma no hubiera dado la dispensa al exclaustrado Lanz nunca le habrían abierto las puertas de esta Institución, pero llegó aquí con la legalidad del pontífice, y eso no se pone en duda.

Desde los primeros días del curso pasado quería Mauricio olvidar que su mujer atendía las llamadas en la recepción del colegio de Burgos. Prefería recordarla en la soledad de su pisito de la calle Corazón de María esperando que él volviera de su trabajo como hombre de mundo. Y que iba a tener — pensaba — la mesa puesta con un mantel, una mesa que en nada se parecía a las de formica de la comunidad. Y que iba a salir la pareja - siguió pensando - a pasear, o a la compra, y pronto visitarían a un matrimonio amigo. Y que iban a dormir noche tras noche en la misma cama, solos y sin testi-

gos. Y ya no tendría que mirar el reloj, ni dormir en la soledad de la habitación del convento, ni soñar con los británicos, ni salir vestido de la habitación, ni rondar la entrada hasta que llegara ella, ni estar pendiente del prelado, ni privarse de los libros que quisiera leer. Y podría hacer de su dinero lo que le viniera en gana, y comprar a diario los cupones, y todas las semanas lotería y quinielas, y de vez en cuando gastarse unos billetes en el casino, su secreto mejor guardado. Entonces sí que iba a ser él dueño del mundo. Debió levantarse Lanz el primer día de curso, su primer día de hombre de calle, mucho antes de que lo hiciera el sol y, como si fuera un día más, dedicó dos horas y media a los quehaceres que él ya se había impuesto desde siempre. Luego, para evitar una espera inútil, caminó despacio hacia el coche y lo puso en marcha como le habían aconsejado que hiciera, y salió con soltura. No iba a tardar más de doce minutos, a menos que fallaran sus cálculos. A las nueve menos veinte ya estaba él junto a Avelino Pozas por si el prefecto tenía al-

guna cosa que decirle. Aquel primer día de curso dos millares y medio de chicos (desde los más pequeños, que veían aquellos patios por primera vez, llorosos y tristes, hasta los que sin apenas tiempo para advertirlo se habían convertido en gigantes) buscaban sus clases subiendo escaleras, y atravesaban pasillos, y murmuraban, nostálgicos, sobre ese cercano pasado de vacaciones tan supuestamente placentero. Ojeaban los letreros sobre las puertas: primero C, primero D, primero E,...y formaban grupos de cuarenta y tantos, unos detrás de otros, y ocupaban sus asientos, al azar, acercándose a sus compañeros mustios y suspicaces, dorados por el sol y enternecidos por el recuerdo, con el apetito de lo nuevo y con el temor del repetido movimiento disciplinario. El profesor Mauricio Lanz subió con ellos y, en la puerta de la que suponía su clase, recordó con placer a su mujer por segunda vez aquella mañana: *un regalo del cielo que Dios le había concedido*, y que tanto adoraba por entonces. En aquel preciso instante la imaginaba entre sába-

nas, cubierta con lo que ella solía ponerse para dormir. El Altísimo le había concedido un suave paso a la vida seglar y, sin avivar demasiado la memoria, porque de eso no había que hablar, su convento y la dispensa de Roma habían quedado atrás. Nuevo era también el colegio y viejo ya corazón tan cándido (creía él), la huella de dieciséis años de vida en comunidad. Le hubiera gustado olvidar de golpe, lo sospecho, todos los recuerdos de cuando era el hermano Mauricio Lanz y ocupaba, como Avelino Pozas ahora, el cargo de prefecto del colegio de la Salle de Burgos. Le gustaba recordar también que su aureola de éxitos, incluso el de convertirse en adinerado seglar, era por su tesón, por su buen hacer, por su indiscutida inteligencia. *Primero E, tu clase no es esa, es primero E*, oyó decir dos puertas más allá. *Arriba, Mauricio, está arriba*, gritó alguien. Entonces el exclaustrado, guiado por el instinto, como tantas veces había de ocurrir aquel mismo curso, introdujo su mano en el bolsillo de la camisa y consultó la ficha que acababa de copiar: *Tutor de primero—E*. No, no

quería Lanz saber nada de cuando era el hermano Mauricio. *Los hechos, por extraños que parezcan, suceden porque ya están escritos en los designios del Todopoderoso*, pensó Mauricio.

CUATRO
EL OCIO DE LOS PROFESORES SEGLARES

Aunque parezca materia de novelista más que de detective, he de poner en su conocimiento algunos detalles sobre los intereses de los colaboradores seglares y también del profesor de inglés Ignacio Sola, seleccionado y contratado previa consulta y cotejo de una lista de candidatos encabezada y concluida por una única demanda: la de él mismo. Cuando se acerca Ignacio al colegio camina en zigzag, con aire de burla, como la brisa juguetona del amanecer, y deja notar su presencia, entre simpática e socarrona, apenas se integra en el grupo de madrugadores que esperan el silbato o, lo que es más

frecuente, entre los camareros de la cafetería Brasilia, tan pulcros, tan serviciales, que le ponen, sin que tenga que pedirlo, un café solo. Y allí, fumando despacio, calculando el último sorbo con el límite de las nueve, goza del peculiar placer que le producen los bares, los antros y todo lo que sea una reunión o cita festiva. Piensa Ignacio que su trabajo de profesor de inglés sólo le acarrea miserias y adversidades y está amargamente convencido del cruel absurdo de su labor. Menosprecia y rechaza con voluntad feroz las normas de la Institución, tan estrictas tiempo atrás, y mientras encuentra algún trabajo que le ofrezca lo que él cree merecer, prefiere sentir el paso del tiempo con pequeños placeres. Los alumnos son «bandas de incivilizados». No hace planes, ni programa, ni ordena sus monótonos encuentros con unas cinco decenas de caras tan distintas como semejantes, masificadas, inútiles, dice él, *im-bé-ci-les*, grita con desdén. Busca luego sus mañas para matar el ocio: un buen plato de lentejas, un filete de ternera, una botella de tinto, y una

copa de coñac, unos cigarrillos, una conversación atrevida sobre los encantos de la mujer, cuatro frases de desprecio a los frailes y una breve partida de ajedrez en la sobremesa forman las tres cuartas partes de sus placeres matutinos. Por la tarde se procura cualquier cita, unos cubalibres en un rincón desconocido, alguna aventura secreta, y en el peor de los casos una película en televisión. Al día siguiente el ciclo se repite. En casa no le gusta estar. Lo suyo son charlas y chismorreos, cambiar frases cortas, recortar ideas, requebrar a las camareras cuya amistad sella con pingües propinas, galantea con quien se encuentre por allí y casi siempre es capaz de ingeniar, de concebir o de repetir algún chiste venido al pelo cuando la reunión parece perder interés. Me he preguntado cómo un profesor tan falto de escrúpulos fue aceptado en la Institución. El mismo me ha dado detalladas respuestas. Quiso Ignacio Sola remediar una situación que parecía pasajera y se presentó al hermano Luis: *¿Tendría usted un hueco para un profesor de inglés el próximo*

curso?. Acababa de renunciar según me ha dicho (de ser despedido, según he podido saber) a su cargo de jefe de Agencia, y a la vez a su contrato con Mangold. Y ese hombre tímido, bajito y algo orgulloso que es el hermano Director, sentado a la mesa de un desproporcionado despacho respondió con ambigüedad: *No tenemos claras las necesidades del próximo curso. En septiembre le daremos respuesta.* Ignacio Sola desprecia y al mismo tiempo adora todo lo que se pone delante de él. En cuanto siente que la desesperación puede apoderarse de su mala cabeza, cosa que le sucede a las cinco y media o a las seis cuarenta y cinco de la tarde, según tenga o no clase particular, se presenta en la cafetería Brasilia, pide una coca—cola con ginebra y se la bebe de golpe. Luego pide otra, enciende un rubio y se la toma con calma. Venida la ocasión aprovecha el momento para silabear con énfasis alguna galantería a cualquier persona que considere de interés y luego, si surge alguna aventura (que suele aparecer) se siente dispuesto a vivirla con pasión. Para su

mujer, tan atareada con las labores domésticas y las de madre de un bebe de algunos meses, su horario de trabajo se extiende hasta altas horas de la noche pues, según le explica, los frailes son comprensivos y generosos y proporcionan a los profesores de inglés horas extraordinarias para completar el exiguo salario.

Muchas tardes sale a dar una vuelta con Willy, el profesor de gimnasia, que tiene novia en Alicante, y con Federico, un profesor de historia que ni ha tenido novia ni creo que desee tenerla, y se pasan buena parte de la noche en el complejo Galaxia, de pub en pub. Cada vez paga uno los cubalibres. El profesor de historia habla poco de mujeres, solo si le preguntan, pero en la segunda dosis se pone divertido y anima como nadie. En *Trumpet* ponen jazz y acuden las enfermeras del Hospital Clínico. Nacho le dice a Willy sin que el de historia lo oiga (no sabría apreciarlo): *Estas tías tragan que da gusto.* Y cuando encuentran plan se las arreglan prudentemente para que Federico los deje. Le recuerdan la hora, o le preguntan si ya ha lla-

mado a casa, y él, confuso, vuelve al mundo de la razón y calcula las escasas horas de sueño que le quedan antes de estar de nuevo en el colegio. Entonces se despide y va andando hasta el metro de Moncloa. Se baja dos estaciones antes para despejarse un poco, para que su madre no descubra que otra vez ha bebido de más, para que el aire purifique el entendimiento. Nacho y Willy se sienten entonces más libres para hablar con las enfermeras: *Oye tías, os enrolláis con nosotros o nos vamos de putas.* Y ellas a veces creen que bromean y se ríen. Nacho las aborda sin miramientos: *Vosotras sois fáciles o hay que estar dos días haciendo méritos.* Y vuelven a reírse. Cuando la presa aparece a última hora tiene el profesor Ignacio Sola una frase concluyente:

— ¡Si tuviera más tiempo me enrollaba contigo, tía!

Y a veces aparece algún plan que luego desbarata, o sencillamente completa. Para lo segundo Nacho toma sus precauciones y prefiere actuar sin testigos. Willy, a quien nadie llama

por su nombre, Felipe Millás, unas veces sospecha y otras tiene la certeza de que Nacho da continuidad a encuentros que mientras están juntos parecen inocentes y efímeros juegos. El profesor Sola, sin embargo, exagera su prudencia hasta donde puede. Willy sería una tumba, pero prefiere Nacho que sepa las cosas de oído. Luego, a la mañana siguiente, otra vez al Brasilia y al café y a las clases. Cuando la ocasión se presenta, Nacho recuerda minuciosamente los detalles de la velada como si no fuera verdad. Y lo cuenta para que nadie se lo crea. ¡El si que duerme menos que Mauricio Lanz!

Una tarde de principios de curso, mientras buscaban sensaciones que rompieran la monotonía del colegio, la férula de los frailes, le dijeron al oído a Federico el de historia: *Vámonos de putas*. Querían censurar su reacción, jugar con lo inesperado. El afeminado Federico, que no quería mostrarse comedido, les contestó, también medio en broma, que de acuerdo, que él siempre estaba dispuesto a ir de putas, que en cuanto quisieran ellos. Creía el medio clérigo

que no iban a ser capaces, que lo decían para impresionar. Si ellos eran atrevidos, más lo podía ser él devolviéndoles la audacia. Pero lo llevaron a un minúsculo club de López de Hoyos que tenía luces rojas en la puerta y tres chicas en el interior, detrás de la barra. Pidieron sus bebidas de ginebra. Invitaron a las chicas y hablaron con frases cortas, picantes, entre educadas y bruscas, algo chispeantes y rara vez declaradamente groseras. Ellas se dejaban llevar y contestaban en los mismos aires. A veces lograban frases de doble significado capaz al tiempo de aludir y no aludir a deseos ocultos. Después de la tercera copa Willy dejó de contar lo que le quedaba en el bolsillo y se bajó al sótano con una de las ninfas que había estado acercándose y retirándose de él alternativamente. A Federico, que parecía estar mudo, le enseñó la más joven los pechos levantándose unos segundos un suéter naranja. Federico, para disimular su rubor contestó con risotadas bruscas, y quiso que Nacho lo supiera de inmediato porque así sospechaba él que había que

comportarse. No tenía el invitado la intención de tasar ni los encantos ni el arrojo de la camarera, por eso tampoco supo qué hacer cuando la asalariada se levantó las faldas y en un gesto rápido y certero y dejó entrever los límites de su prendita íntima, pero aquello tampoco creyó que fuera para a él. Algo confusa, la intrépida salió de la barra, se acercó al díscolo Federico, le puso la mano en la entrepierna y apretó fuerte. *¡Ay* — gritó — *me ha tocado los huevos!* Y creyó sentirse con la osada expresión a la altura de los clientes más denodados. Cuando terminó el último sorbo del tercer vaso llamó a su madre. Federico llamaba a su madre cuando se hacía un poco tarde. La voz de la progenitora señalaba la hora de la vuelta a casa con tono y extremosidad inapelables. *Estamos en un bar... nada... unas copas... no... no voy a tardar mucho... ya nos íbamos, no... no estamos muy lejos... sí... cerca del colegio*. La madre de Federico es viuda.

Nacho encontró en las camareras un raro encanto. Mientras volvía a casa, bien entrada

ya la noche, estuvo removiendo la imaginación y vio cómo se colocaban a su lado aquellas locas dispuestas a recibir las caricias que él quisiera prodigarles. Volvió al día siguiente a López de Hoyos después de la clase particular de inglés. Era temprano y en el club no había clientes. Las chicas lo reconocieron y ya sin testigos consideró llegado el momento de complacer a sus anchas los arrebatos. Pidió dos copas. Ya sabía él a quien tenía que invitar. La muchacha salió del mostrador y se puso a su lado, tan cerca como pudo. Se bebió a sorbos lentos una tónica con muy poca ginebra. Luego bajaron al sótano. Había allí, tal vez, unos cuantos divanes, o solo uno, que con luz tan escasa ni pudo ni quiso hacer comprobaciones.

CINCO

FESTIVIDAD DEL HERMANO FUNDADOR

La reunión plenaria habida hace ya un año, a la que asistieron como invitados de honor los

consejeros de la orden, sirvió para llevar al cónclave el problema del inglés. Había que formar novicios que se interesaran con mayor vehemencia por la lengua anglosajona y ocuparan esos puestos provisionalmente atribuidos a profesores seglares. Se hacía necesario evitar la precipitada y tardía contratación de los escasos especialistas en la materia, pues no está entre los principios de la orden postergar la religiosidad y rectas costumbres de los candidatos. De otras reuniones, ya avanzado el curso, el hermano Luis dedujo que a punto de cumplirse el centenario de la muerte del Venerable Hermano Fundador la orden empezaba a hacer aguas por el sector de las lenguas modernas y profanas una vez abandonadas las clásicas, y aquello podía interpretarse como un fuerte ataque del maligno, contra quien se hacía necesario luchar con ímpetu y virtud. El mal había empezado, como cabría esperar, por la capital, y era urgente advertir a los colegios de provincias que todavía enseñaban mayoritariamente la lengua francesa de la avalancha que se venía encima. Y

mientras las nuevas generaciones de hermanos orientaban su formación hacia la reciente necesidad, el colegio se sentía obligado, pues no podía ser de otra manera, a contar con la colaboración seglar. El hermano director agradecía a su amigo Fulgencio la incondicional ayuda para la difícil búsqueda de candidatos y, en particular, el contacto con el señor Lanz (ex—fraile Mauricio) que disponía de una atestiguada formación religiosa a la que, según todos los informes, no había renunciado en absoluto. De los dos profesores enviados por la Agencia Mangold, sin embargo, no podía tener tal evidencia, pero tampoco lo contrario y como bien había dicho un hermano juicioso no había razón para dudar de sus buenos principios una vez aceptado el ideario del centro. Consta que el hermano Avelino Pozas se quejó con humildad (y con frases entrecortadas y breves) de la progresiva secularización del centro, motivada, sin duda, no solo por la disminución del número de vocaciones, sino también por el progresivo aumento de matrículas. Se convertía la Instruc-

ción Cristiana en una verdadera fábrica del saber con un número de alumnos por clase que, en muchos casos, superaron el pasado curso los cincuenta y cinco. El hermano director, que llevaba una chaqueta corta y una corbata negra solo hasta la mitad del pecho, sacó un pañuelo blanco y se secó el sudor. No había duda. Los últimos cursos escolares se alejaban cada vez más de los principios del hermano fundador.

El padre Fulgencio que no era ajeno a aquellos problemas, ya en alguna ocasión había aconsejado mantener un buen fichero de profesores de inglés de moral recta y acendrada virtud ante la previsible demanda que los años venideros habían de ocasionar.

Y he de señalar cómo el hermano Ferrer ya por entonces vigilaba de cerca, aunque nadie se lo había pedido, el proceder y la conducta de los profesores seglares, y en particular los de inglés enviados por la Agencia. *Sí comulgaban, sí,* — me ha dicho — *y eso era toda una garantía*. Según el hermano organista (mejor situado

en la capilla para observarlos) oían la misa de los jueves con irreprochable talante.

Sabe también Ferrer que las máximas religiosas que el ideario obliga a escribir en la pizarra todas las mañanas y que sirven de ejemplo y estímulo durante el día son ingeniosas y acordes con la tradición de la Orden. A falta de un control sofisticado que midiera sus conciencias no podía pedirse más y, en cualquier caso, habría que vigilar y comparar (en esta última palabra puso gran énfasis) la conciencia de muchos hermanos jóvenes que, a juzgar por sus conductas, tenían y aún siguen teniendo una pervertida tendencia a secularizar la vida comunitaria. A mediados del primer trimestre el hermano director, ajeno a la tragedia, hizo saber al prefecto que con la ayuda del Altísimo, y con la dedicación y entrega de todos, el curso transcurría en calma, y se irían resolviendo con éxito los problemas de la contratación de profesores seglares de inglés.

Debo señalar antes de seguir adelante que mis hallazgos se van tiznando de confusión. Lo

que semanas anteriores parecían razonables pistas, son ahora huidizas sospechas que confunden y enturbian mi indagación. Ya avisé de los riesgos de la regularidad de los informes. Espero se sepa comprender el vacío en que, muy a pesar mío, puedan quedar algunas páginas, pero también que no sabremos hasta el final en qué partes del informe está lo vacuo y dónde lo fundamentado. Por eso me parece oportuno relatar con detalle lo que he podido recomponer de la celebración de la festividad del Venerable hermano Fundador que tanto bien y colegios ha extendido por el mundo.

Tales festejos y actos son aquí, junto con la excursión anual del mes de mayo, los únicos acontecimientos bulliciosos que reúnen a religiosos y laicos en hermandad. Fueron los del curso pasado digna y humildemente organizados por el hermano director. La jornada se inició con una misa solemne celebrada por el capellán y sacerdotes amigos. Luego tuvieron lugar las finales de las competiciones deportivas y

a la comida se llegó después de un copioso aperitivo servido en el patio.

Así como el director tenía a su lado al hermano Fulgencio, invitado de honor, el profesor Ignacio Sola se sentó entre Willy y el ex—fraile Mauricio Lanz, que había creído razonable unirse a sus compañeros de asignatura. Rogelio y Ferrer estaban juntos frente a ellos, pues es de buen gusto y tradición mezclar clérigos y seglares, y repartir los puestos sin honores ni preferencias. Y mientras Fulgencio se llevaba a la boca un trozo de langostino, y el hermano Ferrer le contaba a su amigo algo de enorme interés e importancia que su compañero apoyaba, sí, apoyaba con indignación, Ignacio regalaba secretos detalles al profesor de educación física sobre su aventura con las ninfas del club. El padre Fulgencio, desde la dirección de su Colegio, había solventado con éxito la todavía exigua demanda de inglés si la comparaba con la avalancha que su amigo Luis había tenido que organizar en pocos días. La luz no existía en el sótano del club de López de Hoyos y el vestido

y las prendidas de la chica que el de educación física también había conocido eran muy suaves y adecuados a tales usos. Willy no sabía a quien atender porque el hermano Ferrer, aficionado al boxeo, le hablaba en los primeros platos de las virtudes del Venerable y de si ya, aunque era profesor reciente, había leído la biografía del fundador. Federico estaba lejos, sentado entre los hermanos jóvenes, y tenía la intención de ingerir tanto vino tinto como le viniera en gana, que ya sabía él que para la ocasión habían seleccionado con esmero la calidad. Nacho, a veces, hacía gestos debajo de la mesa para que Willy entendiera mejor cómo lo había pasado con la chica del club. Fulgencio tenía en sus ficheros la solicitud de un profesor de inglés excepcional, pues había sido antiguo alumno del colegio de Moncloa. Los hermanos jóvenes le pusieron a Federico una botella al lado de su vaso. Willy tenía en casa la biografía del fundador, *El Corsario de Dios*, sí, claro que se la habían dado también a él, pero aún no había tenido tiempo de leerla entera. Eligió a la que pa-

recía más fea pero Nacho, que en eso tenía experiencia, sabía muy bien que era también la mejor dotada para llevársela al sótano. «A sus diez años el Venerable Hermano Fundador era ya un cristiano valiente pues desde tan temprana edad supo demostrar su amor a la Santa Iglesia y a sus ministros». El chico que recomendaba el padre Fulgencio, experto en inglés, acababa de terminar la carrera y era sobrino del capellán, hombre amado en la comunidad y por quienes lo conocían. La ninfa no era tan ninfa, Willy, ella ya sabía muy bien lo que se podía hacer y los métodos para terminar cuanto antes. El vino estaba encargado directamente en unas bodegas de Logroño, y que no creyera Federico que se podía comprar en cualquier bodega de Madrid. La otra, la que se levantaba el suéter y no llevaba nada más, también bajó, pero estaba todo tan oscuro que solo se oían leves ruidos, o susurros. ¿El cordero?... ¡Exquisito!... «Con tanto ardor se entregó a la labor de profesor que sus fuerzas se gastaron mucho y enfermó, teniendo que retirarse durante va-

rios meses en busca de reposo. Escribió varias obras en defensa de la iglesia». Le había pedido que se quitara aquellas ropitas de encajes y ella, que tenía todo preparado, se las quitó sin ningún esfuerzo porque solo las sujetaban unos desgastados broches. El mismo Fulgencio llevó las actas para matricular al sobrino del capellán en la universidad, pero se encontró que la matricula ya había sido ilegalmente tramitada el curso anterior, en septiembre. Rogelio no entiende ese fervor por el boxeo que tiene Ferrer, pero no está dispuesto a enfrentarse con el único amigo que le queda. Como era el año en que se informatizó secretaría en la universidad y el sistema estaba plagado de defectos, pudo el ordenador aceptar datos imposibles y dar por válidas las mismas fechas para dos cursos incompatibles. Ignacio Sola espera que lo llamen de donde sea pues no piensa aguantar mucho con los frailes y Willy le da la razón, pero le dice que no haga tantos gestos y que no hable tan fuerte porque como Mauricio Lanz lo oiga, seguro que lo oye también el Director.

Uno de los hermanos calcula que Federico ya se ha bebido una botella y media de vino, y todavía le queda un trozo de pierna de cordero. Willy le ha preguntado a Nacho que si sabe cuantas mujeres hay en la sala. Al director le cuesta creerse que el recomendado de Fulgencio haya podido hacer cursos tan dispares, incompatibles y selectivos en el mismo año. Nacho le ha contestado que lo que más abunda son pitos estériles o amariconados, sospecho que le hubiera gustado decir *pollas*, pero bien sabe él donde han de estar los límites.

En los postres ya no habla nadie del Venerable. Willy se ha puesto colorado porque cree que esta vez lo ha oído el hermano administrador. Si una vez presentado el documento que acreditaba haber superado los exámenes del colegio al ordenador de la universidad no se le ocurrió cotejar la fecha eso era porque no estaba programado para tan impensable argucia, y dio por válida la matrícula y las notas del curso con un retraso de un año. Nacho disfrutaba haciendo gestos al borde de lo soez. *Ese chico,*

si necesitáis otro profesor de inglés, vale mucho. Federico acaba de darse cuenta de que si añade a su cuerpo un trago más no podrá levantarse, así que se va a servir un trocito de cordero para compensar. Mauricio Lanz habla de vez en cuando con el fraile que tiene a su izquierda para quejarse del estruendo, porque un ruido así no se daría en las Islas Británicas. A Federico, ¡qué mala suerte!, se le ha caído el vaso de vino en el mantel: él sabe comportarse, pero el hermano joven que tiene al lado lo ha tirado sin querer. *Ese sí que es un caso curioso, colegio y primero de universidad a la vez*. Tienes que ir, Willy, ya verás que tías. *El chico se lo merece, es muy trabajador y todo se lo ha hecho él*. Nacho, ya sabes que yo soy muy fiel con mi novia. *Este año parece ir todo muy bien y no creo que necesitemos más profesores de inglés*. Vamos hombre, no jodas, si con tu novia no te comes una rosca.

SEIS

ANTECEDENTES

He logrado descubrir con detalles y anécdotas que voy a eludir puntualizar, aunque me han divertido mucho, la chispa que prendió fuego a la apacible y uniforme vida del colegio, génesis del luctuoso final de curso. Y eso fue lo que hizo un alumno en sentido literal, prender fuego, encender en mitad de una desabrida clase de inglés el cigarro que tenía destinado para el recreo, sí, y dar paso, cuando nadie lo esperaba, a su propio despido y al de dos profesores más. Se alteró así la vida pacífica del centro. Y aunque son aún muchas las razones y sinrazones que han de llevarnos al final, eliminando personajes y conductas han de ir encajando las piezas, pues piedras más duras estaría yo dispuesto a enternecer. Ocurrió unos días después de la celebración de la comida del Venerable. He buscado los errores de la arbitrariedad y me he topado con menudencias que solo se explican si

se unen unas cosas con otras como fichas de dominó dispuestas a ser derribadas al empujar la primera. Así de ajenas parecen ser las piezas y empaques que provocaron una continuidad en las caídas. Solo el demonio y sus enredos podía desear el despido del segundo profesor, que cayó por empuje del primero, y el primero fue víctima de su propio orgullo, y el orgullo se abonó en el desprecio y arrogancia de un alumno, y ésta descortesía tenía su fuente en la soledad del chico, y tal apartamiento en la jactancia de unos padres que, sorprendidos de repente por la riqueza, creyeron suficiente para la educación de su hijo destinar tanto cuanto dinero exigieran las tarifas de la enseñanza reglada y complementaria de los frailes. Y lo trajeron a este afamado colegio y se olvidaron de él, y se sintió a los pocos meses aturdido por la vacuidad de los días, y mientras estaba en clase de Inglés con los auriculares al oído decidió acabar con todo.

El profesor leía con atención en aquel instante, como en tantos otros, no se sabe qué co-

sa, sin levantar la cabeza, con sus brazos sobre una amplia mesa blanca, balanceándose lentamente, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, en un sillón giratorio tapizado en cuero negro. Los chicos, con las orejas tapadas, seguían con atención el «Let's come». Algunos se levantaron y miraron, y en el origen del humo lo vieron chupar con fuerza y lanzar bocanadas al vacío, formando una columna. Luego dio un golpe suave para dejar caer la ceniza en el magnetófono que seguía dando vueltas, repitiendo incansables frases pausadas, conversaciones inapetentes, ruidos sin fin. El rebelde no quiso obedecer la voz que le pedía a gritos que saliera de clase y tuvo que ser el propio profesor quien saliera enfurecido y exaltado, con paso firme, cadencioso y presto, y dejó las puertas abiertas. A su vuelta, ya con el hermano prefecto, el cigarro había sido violentamente apagado sobre la tapa del magnetófono, y el alumno no estaba. Corría la primera semana después de las vacaciones de Navidad. Hubiera sido fácil pedir perdón, pero es sabido que en estos ca-

sos sólo se admite el error del chico. Con mayor o menor apercibimiento y algún castigo hubiera quedado todo para el olvido, pero cuando el alumno rebelde y casquivano fue amenazado con la expulsión, le pareció el mayor bien del mundo: «Aquí no hay quien aguante, don Avelino», le dijo al prefecto Pozas. Por entonces ya había hablado Avelino con los profesores de la clase, uno por uno, y consultado sus propios archivos, y redactado un injustificado informe porque no había nada, ni conducta, ni quejas, ni expediente escolar que presagiara la repentina rabieta, inadecuada y turbia, punta de un iceberg de males. Avelino lo supo cuando ya la nave no podía evitar una monumental embestida. Algo gordo se estaba gestando. El hijo de los nuevos ricos ni había pensado ni quería pensar en las consecuencias de aquel inusual abandono, sino en el dinero de sus padres. Aquellos fondos debían servirle a uno, según él, para hacer lo que le diera la gana y desentenderse así de pasividades, sinsentidos, turbulencias y desencantos, sin dejarse aconse-

jar por más razón que la suya, pues estaba ya convencido de que fuera lo que hubiere detrás de aquellos muros nada podía ser peor, y así se lo había dicho a sus amigos, y se lo hizo saber al prefecto y a sus padres y a todo el que quisiera saberlo para que se enteraran de una vez de aquella «mierda» de colegio. No podía soportarlo ni un día más. Aunque sólo quedaran seis meses, aunque hubieran quedado seis días, nadie lo iba a hacer cambiar de idea. El hermano Pozas, viejo y experto en su oficio de director técnico, aquella misma tarde convocó al profesor Mauricio Lanz a su despacho. Detrás de la mesa una silla austera, delante otras dos del mismo tipo. En una pared un enorme mural repleto de cartoncitos de colores que señalaban los horarios de todas las clases, de todas las asignaturas, de todos los profesores. Mauricio, y eso lo sabía él muy bien, era quien mejor podía explicar los conflictos con los profesores enviados por la Agencia. El exfraile le dijo primero que no quería hablar, que estaba feo criticar a los compañeros, pero Avelino lo convenció an-

teponiendo la vida del centro y la necesidad de evitar una decadencia irrecuperable pues si los profesores de la Agencia no cumplían su obligación había que expulsarlos. Y parece ser que sí, que el profesor distraído dejaba que oyeran las cintas a quienes las querían oír, y lo que quisieran hacer a quienes no querían oír las cintas. Mientras tanto, él leía el periódico, una revista, o cualquier cosa otra cosa que le interesara. La sala audiovisual está acolchada y no hay eco. Lanz sabía que aquello era la verdad y lo confirmó por el bien del colegio, sí, por el bien de todos, que él tenía gran experiencia en comunidades educativas y en los conflictos que se ocasionaban con la profana colaboración seglar. Todo el mundo sabía, aseguró Mauricio, que a los profesores de idiomas lo que más les interesaba era que por alguna casualidad (no tan improbable) quedara vacante la plaza de uno de los prestigiosos centros de inglés de la ciudad donde la remuneración era mucho más dignificante. Por eso no hacían nada, concluyó Mauricio, porque todo les daba igual y sólo es-

taban allí de paso, por unos meses. Avelino comprendió entonces que el asunto debía llegar al Director, único capaz de tomar las medidas que, a su juicio, parecían imponerse.

— Hermano Luis —el perfecto habló con prudencia, en tono bajo, a torpes intervalos de dos o tres palabras, sentado humildemente, rígido, sin aprovechar el respaldo del sillón que está orientado a la orla en el despacho del director—, el chico que quemó el magnetófono no quiere volver, se va del colegio, es baja.

— Hermano Pozas, se ha enterado usted si el profesor de inglés ha tenido con él un trato incorrecto o si hay otras razones para que se sienta tan «indispuesto» (tal vez quiso decir enfadado, pero no se atrevió).

El hermano Director adjetiva sus frases con especial agasajo, y en su celo es frecuente encontrarse con calificativos estrafalarios, con metáforas propias de un estilo que, por su cargo, considera que ha ser muy elocuente cueste lo que cueste.

— He reunido a toda la clase del alumno para poner algo más de luz. Les he hecho hablar sin orden para que salga todo mientras se oyen unos a otros. El profesor de inglés estaba leyendo cosas suyas y no se enteraba o no quería enterarse de las alteraciones de clase hasta que éstas estaban avanzadas. Rara vez habla con los chicos, salvo de fútbol al inicio de las clases. Los deja pasar de lección en lección cuando ellos quieren y no se preocupa de si están oyendo o no cintas de inglés. Algunos se llevan a clase revistas, juegos de cartas y hasta dados... No hay conversación, ni exámenes, tienen libertad para seguir a su gusto el ritmo de las lecciones, y llaman sin respeto al profesor por su nombre.

— ¿Cree usted, Hermano Pozas, que debemos prescindir del profesor?

Y sintió Avelino Pozas a sus espaldas sí el peso de la tradición de la orden, el recuerdo paso a paso de los momentos de sus más importantes decisiones para la función que le había sido encomendada, y respondió:

— Usted verá, hermano director.

SIETE
SUSTITUCIÓN DE LOS DESPEDIDOS

La evidencia de que había que redactar dos cartas de despido, una para cada uno de los afectados, que antes o después provocaría el segundo un escándalo de parecidas dimensiones, no ponía luz al difícil problema de la sustitución. Encontrar a mediados de curso y con tanta urgencia un profesor de inglés y otro que, además de inglés, fuera capaz de atender a los escasos alumnos que todavía estudiaban francés era una tarea ardua, arriesgada y, casi seguro, una vez más provisional. Acertar con un colaborador seglar (pues era inútil buscar en el seno de la orden) experto en lengua inglesa, eran dos atributos que difícilmente podrían encajar con el ideario de la institución, y mucho menos con los textos fundacionales. El hermano prefecto y el hermano director no encontra-

ron entre las solicitudes y currículos ningún profesor de inglés adecuado y ni siquiera un profesor de inglés inadecuado. La carpeta de demandas para Historia y Geografía estaba repleta, y en todas las demás asignaturas hubiera sido fácil, pero la de inglés solo contenía unas hojas que bien hubieran merecido la papelera nada más llegar, pero que alguien dejó en la carpeta por descuido, o porque no quedara vacía. Y aunque Rogelio, el hermano ecónomo, con la mano izquierda en el estómago y retorcido de dolor hizo un par de llamadas, rompió de inmediato las correspondientes solicitudes porque los candidatos ya estaban ocupados. Quedaba una, sin embargo, acompañada de un currículo ejemplar, sí, «ejemplar», había dicho el hermano director, pues no era fácil encontrar candidatos que reunieran diploma acreditado en lengua inglesa, prolongada y reciente estancia en Estados Unidos, edad ya alejada de las veleidades de la juventud y una experiencia, aunque breve, densa y fructífera. Pero, en palabras del hermano Luis, la solicitud contenía

un defecto «insoslayable» (sí, dijo insoslayable porque él, desde su cargo, ya utilizaba términos que hasta entonces había dedicado sólo a sus escritos) y era que firmaba una mujer, una mujer casada, eso sí, pero una mujer al fin y al cabo, y tal eventualidad ni había estado contemplada por la orden, ni probablemente lo estaría nunca, al menos mientras él fuera hermano Director.

Por eso, y porque tanto le servía de consejero, recurrió a su amigo Fulgencio, del colegio de la Salle, en tono confidencial, entre director y director, por si acaso. Y Fulgencio le reprochó su mala memoria. Si tenía a bien recordarlo, ya le había hablado él de un chico el día de la festividad del Venerable, de un antiguo alumno, sobrino de un capellán. Un profesor joven, sí, pero de sólida formación. Desgraciadamente, y en confianza, solo disponía de esa solicitud. Las demás no ofrecían ninguna garantía. El hermano Luis le agradeció al Altísimo haber dado con profesor tan acorde al ideario del centro, como ya recordaba de la comida del Fundador, y pi-

dió al hermano Fulgencio que tuviese la caridad de enviarle, con toda urgencia, tal solicitud y currículo, pero, mientras llegaban por correo iba él a llamarlo por teléfono. ¿Y qué edad dices que tiene? Nació en el... nacido en el 52. Unos veinticinco años. Está casado. ¿Y la titulación? Tiene dos carreras, una en la universidad, en la facultad de Filología, y luego aquí aparece un diploma en francés y en inglés de la escuela de... de la E. O. I., o E. O. T., debe ser la Escuela de Idiomas, parece ser... ¿Y... cómo dices que se llama? Matías Montañés. Oye Fulgencio, y no habrá tenido ninguna experiencia... ya sabes... los profesores nuevos... con estos muchachos tan difíciles... Sí, ha sido profesor de un colegio, un colegio de E. G. B. en Brunete. ¿Sabes donde está Brunete? No me digas que el chico es también maestro. Pues sí... e hizo un silencio creo que sí, aunque aquí no lo dice... Gracias, Fulgencio, muchas gracias. Y dame el teléfono del profesor que lo vamos a citar mientras llega tu carta. La sólida formación cristiana del candidato, asunto que rondaba por su

mente y por la de muchos frailes, era todo una garantía: su condición de antiguo alumno de la Salle y sobrino del capellán y padre espiritual del colegio amigo lo atestiguaba. Y era esa una virtud tan apreciable que el hermano Luis ya lo dio por contratado. Matías Montañés no estaba en casa. Una joven voz femenina con acento extranjero, tal vez inglés en la interpretación de Avelino Pozas, le había contestado y prometido que en cuanto volviera, que no tardaría mucho en regresar, los llamaría. Avelino estuvo aquella tarde dando vueltas en su despacho y consumiendo las horas sin ningún provecho a la espera de la llamada del recomendado del director. Tenía el bolígrafo azul en la mano y jugaba con él. Había dibujando en la esquina de una hoja de restos inutilizados de exámenes una figurita geométrica, y otra que la rodeaba, y luego unos trazos más, como si fuera una bola de nieve, hasta que le faltó espacio para seguir la armonía. Así de enorme y sin solución era también el problema de los profesores de inglés. Si el supuesto candidato ya había encontrado co-

legio, o si no le interesaba un puesto tan complejo y mal remunerado, estarían otra vez a cero. Las plazas que continuamente se ofrecían a título tan preciado eran una competencia desleal. Bien mirado ninguno de los profesores de inglés salvo Mauricio Lanz, eran adecuados al centro. Pero Mauricio no tiene más titulación que la de profesor de Filosofía, aunque su preparación en inglés sea indiscutible. Había que hacer con urgencia algo que impidiera la ya inevitable caída de la asignatura en manos seglares. Y todo esto pasaba por su mente mientras miraba de soslayo al teléfono, a la espera de que el hermano Gerardo le pasara una llamada que no acababa de llegar, pero si Dios quería había de llegar de un momento a otro. El recomendado Matías llamó a las 6,45 de aquella fría tarde de enero, pero ni el director ni el prefecto fueron localizados por el hermano Gerardo que pasó la llamada a todas las dependencias que él consideró oportunas. Ya sabía Gerardo que el director había salido, y que Avelino no tenía costumbre de salir, pero aquella tarde no había

manera de saber donde diablos se había metido. Al despacho no pasó la llamada, claro que no, después del horario lectivo no era nada lógico, ni habitual que permaneciera allí todavía. El joven profesor volvió a llamar a las 7.35, y el hermano Gerardo, algo indignado por la inoportuna insistencia, le contestó que ya le había dicho antes que no estaba, y si no estaba, él no podía pasarle la llamada, porque era imposible pasarle la llamada a alguien que siempre estaba allí, pero que, por razones que él ignoraba, pues no le habían dicho nada, que nunca le decían nada, ni lo había visto salir, ni estaba en el colegio. Más valdría que lo dejara ya para el día siguiente, en horas de colegio, que eran las más propicias para aquel tipo de asuntos, aunque el asunto a él, que solo estaba allí para las llamadas y no para dar citas, ni consejos, le interesaba poco. El fraile, algo alterado, se encendió un cigarrillo grueso, basto, y completó la palabra que le quedaba para terminar el crucigrama. «¡No faltaba más..! — pensó —, ¡cómo quería la gente que él supiera lo que pasaba en

el interior del colegio, o en la comunidad, y a la vez atendiera el teléfono, que cada día sonaba con más frecuencia! Las dos cosas no podían hacerse al tiempo, y si a Avelino se lo había tragado la tierra, él no podía adivinarlo desde su cabina de portería.» El profesor de inglés llamó de nuevo hacia las once y media de la mañana siguiente. El hermano Gerardo descolgó el teléfono. Bien podía haberle dicho Avelino, la tarde anterior, que estaba en su despacho. El no era adivino, ni tenía por qué dar explicaciones internas a desconocidos que llamaban por teléfono. Ahora el prefecto realmente no estaba, él mismo lo había visto salir y además, por una vez, había tenido la deferencia de decirle que iba a presentar unos papeles o documentos, no recordaba exactamente la palabra, pero eso tampoco tenía por qué explicarlo. El director, sin embargo, sí estaba en su despacho, cómo debía ser, y se puso al teléfono. El hermano Luis contestó con voz densa, pausada y cálida. Como ya estaba la mañana demasiado avanzada para hacer venir al candidato, acordó una cita a

las cuatro de la tarde de aquel mismo día y dio por concluida la contratación del primer profesor, el trilingüe. Estaba sin trabajo. Afortunadamente no se había anticipado otro colegio y se alegró de haber conseguido la mitad de la tarea. Mandó que dejaran una nota en el despacho del hermano Pozas para que también estuviera presente en la entrevista. El otro puesto, lamentablemente, tenía pocas soluciones. Hubiera podido consultar, como sabía que hacían muchos colegios, los anuncios por palabras de los periódicos, pero eso estaba lejos de la tradición de la orden porque era como elegir profesores por sorteo. Y él, además, Luis, no estaba dispuesto a acudir al último recurso, el de pedir la ayuda del Colegio de Licenciados, a quienes consideraba corrompidos por el ateísmo y las modernas tendencias izquierdistas. Y cuando habla de izquierdistas el hermano Luis, a juzgar por el tono y énfasis que usa, debe pensar en el comunismo más intrépido y agresivo. Antes de acudir a ellos dicen que dijo sí, antes de pedirles nada a esos indeseables tu-

nantes, quedaba la profesora recién llegada de Estados Unidos, pero eso sí que iba a ser imposible. «Comunidad Educativa. Hermanos de la Instrucción Cristiana. Madrid, doce de enero de mil novecientos setenta y nueve. Muy Señor mío: Considerando que sus métodos de enseñanza no corresponden con los programados por esta Institución, ni con el ideario que usted aceptó al hacerse cargo como profesor del centro, le comunicamos que a partir de la fecha de hoy nos vemos obligados a rescindir nuestro contrato.» Hay que hacer otra, sí, hay que hacer otra en los mismos términos. Si no la hacemos ahora habrá que hacerla más tarde y será peor. ¡A lo mejor no hay más remedio que llamar a la profesora!

OCHO

LA PROFESORA VILLALOBOS

Pido disculpas por iniciar este informe desde la ignorancia: no sé qué o quién cambió a los frailes para aceptar la contratación de la profesora. Y mientras dedico más tiempo a este

asunto (pues no puedo seguir adelante sin unir eslabones sueltos) no encuentro más razón que la urgencia de nombrar profesor de inglés antes de que los afectados por las expulsiones hicieran más patentes sus protestas, o que algún profesor errante y sin informes, mandado en secreto por cualquier enemigo, solicitara la plaza y pusiera a los hermanos entre las cuerdas. La profesora recibió la llamada del colegio. Su teléfono estaba pegado al balcón y mientras oía la voz del hermano Rogelio, que el director no quiso o no se atrevió a encargarse de aquella labor, miraba a través de los cristales la gran avenida de Bruselas, llena de coches, de gentes abrigadas hasta el cuello, pitidos, la parada del autobús repleta, el letrero de la cafetería... Y mientras todo aquello se movía, ella, a través del auricular, recibía la gran noticia. Marta soltó los visillos con los que había jugueteado mientras hablaba, miró hacia el suelo, paseó la vista a lo largo de su cuerpo y se llevó las manos a la cara. Había llevado la solicitud al colegio, tiempo atrás, sin ninguna esperanza, empujada por

la vecindad, por la intuición o por tranquilizar su conciencia. Ya entonces le explicaron que los contratos femeninos no estaban en la tradición de la orden, pero las hojas se quedaron en los archivos. Marta había soñado con verse en una clase llena de alumnos que esperaban oír su ciencia y poder al fin servirse de los esfuerzos llevados a término con tantas dificultades y éxitos. Y quiso vestirse sin alardes. A ella no le importaba ser correcta, pero no sabía lo que iba a entender por compostura el hermano director. Y no quiso ponerse pendientes, para no destacar, ni pulsera, para huir de la feminidad, ni zapatos de tacones, para aparentar acatamiento, y se cambió la falda, que le parecía un poco corta, y sacó los pantalones vaqueros, que es como mejor creyó que podía mezclarse con los hombres. El pelo quiso llevarlo recogido, en un moño. Tenía la intención de cortárselo en cuanto pudiera. Quería también que todo aquello fuera una continuación de los años de universidad, de aquellos años tan llenos de encanto. Me ha costado entender el ademán y talante

de Marta, y he tenido que entrevistarme en secreto con su familia y aunque creo tener los datos fundamentales, bien podría surgir un inesperado suceso que modificara el sentido de mis hipótesis. Cuando la primera profesora que ha tenido la institución terminó bachillerato estuvo tan harta de monjas que no pudo evitar la infundada idea (más tarde vio que no era así), la injustificada creencia de que toda la enseñanza había de estar contaminada de desidia y proselitismo. Vivían sus padres en unos pisos de militares, frente al Ministerio del Aire. Unas calles más allá, en Gaztambide, habían abierto una academia que se dedicaba con gran eficacia a convertir chicas indecisas en hábiles secretarias. Su padre había oído hablar de ello a un teniente—coronel amigo, en la cantina de oficiales, y le «ordenó» (pues por entonces no sabía aconsejar) que se matriculara. Años después dulcificaría su carácter. Parece ser que en la Academia no eran tan indignos, pero Marta no pudo, o no quiso, soportar aquellas monótonas y repetitivas clases de contabilidad, de

mecanografía y de francés comercial. Y un buen día, sin consultar con nadie, tomó la inapelable decisión de no volver por Gaztambide. Cuando el acto de rebeldía llegó a oídos de su padre unas semanas más tarde, provocó un conflicto familiar tan desmesurado que el teniente—coronel, como castigo, le impuso el «exilio» y el «arresto mayor». Sí, eso debió pensar él que merecía, destierro y cárcel. Y fue recluida durante más de dos años en un convento de monjas de la Normandía francesa. Cuando Marta, expurgadas sus culpas, volvió a su casa de Moncloa traía aprendida la lección de la vida: cómo ser al mismo tiempo rebelde y resignada, huraña y comedida sin perder la libertad. Por eso aunque debía haber odiado a su padre regresó con la indiferencia de los vencedores y un aprecio natural por el refinamiento en las costumbres, por el cuidado personal, por el goce de lo inmediato. Había aprendido a moverse con elegancia, a ser cortés y sistemáticamente afable, a defenderse con delicadeza y templanza del despotismo y la extremosidad sin dejar

de ser sensible a todo cuanto de atractivo veía, y veía mucho, en la existencia. El teniente—coronel nunca dejó de asombrarse cuando la observaba de lejos, desde el balcón, alejándose hacia el metro; o la oía rezar en misa, por lo bajo, el *Je vous salue, Marie*, o sentarse a la mesa con elegancia, o contestar al teléfono con tono ingenuo y digno. Y desde entonces, aunque existieron razones para enfrentarse, no hubo discrepancias, ni discusiones. Prefirió Marta que tan inesperada avenencia dominara las relaciones con su padre. Luego, en su interior, creaba los pilares de su existencia. Su madre no contaba para esos asuntos, ni para muchos otros. Y como no sabían qué hacer de la chica, ni Marta tenía propuestas, alguien de la familia sugirió que se matriculara en la Facultad de Letras. Había oído el familiar que era carrera acreditada y propia para muchachas de fina sensibilidad. Contaban con la ventaja de vivir cerca del recinto universitario. Aunque aquel consejo no desvelaba nada, satisfacía a todos y, en particular a padre e hija. No era la mejor so-

lución, pero vino a poner remedio a inesperadas tensiones y extraños barruntos. Cogía la chica el autobús, que paraba en su misma puerta, todas las mañanas, y volvía a la hora de comer, aunque algún día no tuviera la última clase. Las tardes las pasaba leyendo. Y como parecía obtener resultados mucho más alentadores que con las monjas y con la Academia de secretarias su padre se animó a que continuara, y una vez más se dejó aconsejar por los comentarios de la cantina de oficiales donde oyó decir que era el inglés y no otra, la lengua que iba a imponerse y desplazar al viejo, aristocrático y legendario francés. Y ya sea porque Marta había decidido seguir a pies juntillas los consejos—órdenes de su padre, que sabía ella que no era tan importante, o bien porque encontró atractiva la especialidad, eligió la filología inglesa y llegó a ser (quien iba a aventurarlo en el colegio de monjas) alumna sagaz y diligente. Para corresponder a la fidelidad de la oveja rescatada su padre no desechó ninguna oferta de viajes: a Londres en las vacaciones de tercero, a Irlanda

en cuarto curso, con una familia católica, y luego, después de quinto, y como recompensa por aquel expediente tan brillante, a Estados Unidos. Marta, que se había pasado la carrera sin salir con chicos, sin volver después de las diez y media, sin haberse arreglado para otros fines que las misas de los domingos, las bodas y las primeras comuniones, y sin haber respondido a los deseos de sus compañeros y amigos porque no estaba dispuesta a soportar las iras del teniente—coronel, tuvo el honor de conocer, en Filadelfia, al ilustre (y muy distinguido) Bernardo Suárez Rivadavia. Ha puesto el insigne arquitecto su nombre en famosos y premiados edificios, y es poseedor de un particular talento orientado hacia una visión futurista y funcional muy apreciada en ambientes internacionales. Era Suárez Rivadavia conferenciante invitado en una velada que terminó en una cena en la que, por razones de nacionalidad, la hija del militar tuvo el privilegio de sentarse a su lado. Corría el mes de septiembre. En octubre recibió una delicadísima tarjeta postal del viejo arquitecto y

una carta de su padre, llena de consejos. Para Navidades volvió a Madrid. Por entonces el teniente—coronel había ascendido a coronel. El 27 de diciembre, Bernardo, mediante una delicada llamada de teléfono, la invitó a cenar. Marta, que no sabía si vestirse de gala o de trapillos, eligió, y no se arrepintió de ello, unas faldas rojas y una camisa blanca de encaje. A la hora convenida acudió a la puerta de su casa y al borde de la acera, protegido por los soportales, se bajó el ilustre artista de un mercedes también rojo. La besó cortésmente, le abrió la puerta y la acomodó en el asiento. Había reservado una mesa en un restaurante de la calle Orense. De aquella segunda cena con Bernardo, Marta no guarda más recuerdo que el menú (ensalada de langostinos con aguacate). Unos días más tarde el arquitecto en persona redactó una carta dirigida al padre de quien él veía mujer de su vida en la que pedía tuviera a bien concederle, porque él sabía que el comandante era hombre de familia honorable que había sabido transmitir a los suyos buenos y dignos

principios, la mano de Marta, cuya educación consideraba exquisita y en quien, a pesar de la diferencia de edad (no escribió la «desmedida» diferencia como había pensado) creía haber descubierto una gran afinidad que era la mejor garantía para el bienestar del matrimonio. El comandante frunció el ceño y esta vez no lo comentó ni en la cantina de oficiales, ni con su mujer. Durante todos y cada uno de los minutos del día estuvo imaginándose a su hija junto al acabado arquitecto. Le parecía una idea por lo menos extraña, pero sobre todo rechazable, casi repugnante. Luego hizo cálculos, sumas y restas. Las cifras cuadraban mal, aunque existían, sin embargo, otros números que cuadraban mejor, que dice mejor, cuadraban extraordinariamente. Sumando ventajas y restando inconvenientes llegó a la conclusión de que el arquitecto no era el hombre de su hija y eso él, comandante del ejército del aire, lo sabía muy bien. La respuesta, por tanto, había de ser «no». Un «no» claro y rotundo, pues los militares rechazan decisiones a medias tintas. Pasa-

ron apenas unas horas cuando un nuevo argumento vino a añadirse a sus cábalas. La chica iba creciendo y, aunque no era fea, porque él no veía nada reprochable en la armonía de su hija, tenía la certeza de que con el tiempo iban desapareciendo sus posibilidades. Dos días después ya encajaba mejor la imagen de la convivencia y no le daba importancia a un nieto con padre viejo, pero rico. Si por el contrario rechazaba la solicitud, podría no tener ni nieto, ni lecho conyugal para su hija, ni yerno rico, ni matrimonio, ni familia, sino una hija soltera cuya soledad había de agravarse con el paso de los años. Bien lo había visto él en muchas familias. Cerró los ojos y se prometió que, después de cenar, leería, en presencia de madre e hija, la carta del arquitecto. La dócil esposa, que ya sabía desde tiempos remotos estar callada en los momentos delicados, no dijo una palabra, pero la proposición le pareció un disparate. La hija no pudo aguantarlo y lloró, y al padre le vino de inmediato a la memoria la reclusión en Normandía. No hija, esta vez no. Si no quieres

casarte con ese hombre, tu madre y yo lo comprenderemos. Había nombrado a su madre. Por primera vez había contado con ella. A la mañana siguiente, al llegar a su despacho, el comandante le contestó al arquitecto por escrito, como debía ser, y le agradeció la honrosa propuesta. Se sentía halagado por el arquitecto al hablar de la exquisita educación de su hija, y consideraba acertado el matrimonio. Incluso se mostraba dispuesto y daba su aprobación siempre que en las próximas semanas Marta aceptara también (que razones no faltaban para que así fuera) los esponsales. La chica, que ya no lo era tanto, estuvo llorando todas las noches desde Reyes hasta santo Tomás. Los primeros días porque aquel hombre se parecía a su padre en casi todo, después porque los maridos de sus amigas eran más jóvenes, y luego porque ella no había tenido novio en su vida, ni conocía a nadie que la quisiera. El día de Santo Tomás, como si de una revelación se tratara, se dio cuenta de que sí había quien la quisiera, y que era ella quien no lo amaba a él, pero

tampoco a ningún otro. Caso de querer a alguien bien podía ser aquel. El sábado siguiente Marta, sus padres y Bernardo cenaron en un restaurante (especialmente elegido por el novio) de la calle Princesa, y decidieron que la boda tendría lugar un sábado de abril.

NUEVE

LOS ERRORES DE LA EVIDENCIA

Pues estaría en un error quien pensara que ni los padres ni los cónyuges de los profesores tienen que ver con los actos criminales que uno de ellos, ciertamente enajenado, pueda llevar a término una inesperada mañana de mayo. No crea que la boda con Bernardo, la autoridad militar del padre y la estancia en Normandía son irrelevantes en esta crónica, en particular lo último. Sospecho que no han de serlo, pero si lo fueran ya he señalado y repetido los riesgos que se derivan de la servidumbre a una información tan sistemática. Y aunque haya de demorarme de nuevo, me siento obligado a recrear con rigor y lealtad la historia del

nuevo profesor de inglés (del que fue contratado junto con Marta) tan llena de contradicciones e inexplicables vacíos como de falsedades. Si para dar forma y coherencia al último envío me he servido de pocos confidentes, y no creo haber cometido errores, muchos han sido los necesarios para elaborar el de Matías. Debo agradecer al hermano Luis, y no al hermano Rogelio, las facilidades que me concede para acceder a los archivos del Colegio y de la Institución, donde recabo todo tipo de datos sobre titulaciones, edades, expedientes y otros documentos que me sirven para cotejar la veracidad de mis entrevistas. Y debo añadir también, pues es bueno recordarlo, que nadie sospecha, y no ha de sospechar nunca si somos discretos, cual es aquí mi verdadera misión. Gozo de estima y consideración entre los profesores, pues ven en mí el psicólogo (y así me llaman) redentor de sus dificultades con alumnos en conflicto, y esta labor encubridora me roba la mayor parte del tiempo. Las personas que convoco a mi provisional e improvisado despacho se pre-

sentan con encomiable espíritu colaborador, y con voluntad incondicional de dar noticia sobre los problemas ocultos de la institución para que yo pueda así entender mejor los del alumnado. ¡Imagínese la cantidad de datos secundarios que recojo! Con ellos podría hacer un verdadero libro. Y si alguien pensara que mis informes van cargados de paja, le ruego se complazca en agradecerme todo aquello que omito, que es mucho, y tal vez con ello se pierdan también algunas claves de estas increíbles y ciertas vidas. Una vez concertada la cita, el que iba a ser profesor de inglés buscó la calle de este colegio en una guía, y el metro más cercano. Y lo hizo como un autómata (porque se sentía en la obligación), y con el recelo que produce haber preparado otras infructuosas entrevistas, pues larga era ya su desesperada búsqueda. Cambió dos veces de línea de metro y bajó en Ventas. Eran las primeras horas de la tarde. El patio de recreo, destartalado y algo triste, unos metros más bajo que el nivel de la calle, se veía desde fuera. Esperó — aquella vez si que era un sitio

elegante — en el pasillo, o en la entrada, que no sabía muy bien qué era toda aquella estancia llena de tresillos. Quiso recurrir, como siempre, al periódico, que esta vez no traía, y sacó del bolsillo de la chaqueta un libro. Unas monjitas salían del despacho del Director. Entró él y saludó con fruición y timidez. El hermano Avelino Pozas acompañaba al director. En la mesa libros, carpetas y papeles. En la pared cuadros, trofeos y títulos, y también la orla antigua de laureados con trajes y corbata, sin toga, con lentes circulares. Eran una docena, o menos de una docena. Mil novecientos cuarenta y tantos. Lenguas clásicas. Se acomodó («siéntese por favor») como tantas veces, para recibir unas palabras de acogida. Esta vez el tono era más cercano, más amable. Y descubrió perplejo que allí no necesitaban ser destacados sus méritos y silenciadas sus limitaciones porque ya decían ellos saber quien era el candidato, sí, muy bien lo sabían: el hermano Fulgencio había informado de todo aquello con minucioso rigor. *Mire usted, Matías, en este colegio nece-*

sitamos personas con su formación, y de eso no tiene que darnos explicaciones. ¿Verdad hermano? El jefe de estudios asentía con la cabeza. *Mañana mismo empezará con sus clases... ¿Cuáles son sus clases?* Y el perfecto consultó su carpeta:

— Inglés… y francés en el último curso, y también en tercero, en segundo, sólo inglés.

— ¿Y cuántas horas en total? — dijo Matías por preguntar algo.

— Veintiocho, son veintiocho.

— Muy bien... — Al muchacho no le salían las palabras

— Yo creo que estoy mejor preparado en francés... sí... en francés no tengo problemas... sin embargo en inglés... tal vez...

— ¡Qué chico, qué chico!, — he sabido que dijo el hermano Director — es una buena virtud la humildad! No tiene usted que explicárnoslo, ya nos ha contado todo el padre Fulgencio — y soltó una carcajada audaz.

A las nueve de la mañana del día siguiente el muchacho se hizo cargo de las clases. y he

aquí los errores de la evidencia: Matías Montañés figura, como indica su currículo, en las listas del colegio del protector del curso 1972—73, pero nadie lo recuerda. He comprobado que en sus documentos acreditados en el currículo no aparece formación alguna en lengua inglesa. Todo indica que el padre Fulgencio ha recomendado a un intruso. ¿Pretendió algún malintencionado fin? Le diré algo más: he sabido que Matías ya ha sido expulsado de un colegio, el de Brunete, y que aunque obtuvo el título de licenciado en septiembre de 1977, es decir, hace solo dos años, además de trabajar como profesor de inglés en este colegio lo ha sido de literatura en Brunete (un curso), de francés en Orcasitas (otro curso), de filosofía en Canillas (medio curso) y de matemáticas en Barajas (medio curso), y que su expediente de COU coincide en fechas con el de primero de comunes, algo prohibido por ley. Pues bien, resulta que su titulación de licenciado solo estaba en regla para el último colegio, el de Brunete, precisamente el único de donde fue despedido. ¿Y

quiere saber ahora los motivos de la expulsión? Pues según la carta de despido, carecer de titulación adecuada. No había medios de deshacer esta madeja. Pero le añadiré algo más: el individuo, que ahora tiene veintiséis años ha trabajado en periodos más o menos extensos de mozo de hotel, de empaquetador en distribuidora de libros, de vendedor de cosméticos, de mecanógrafo en una oficina de patentes, de acomodador en salas de teatro y de traductor en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Cuando supe esto último cometí el primer error de mi investigación: pedir al hermano Director que llamara a la policía. Consta, y esto también está contrastado, que está casado desde 1974, tiene dos hijos, y ha escrito un libro de doscientas páginas (a mi entender inútiles) que lleva por título: «Funciones y semantemas en la novela urbana». Como cabría esperar no ha encontrado editor, pero ha debido dedicar buena parte de su tiempo a buscarlo. Figuran también en su currículo otros títulos y quehaceres tan ajenos a la profesión como Técnico de Comercio (ca-

rrera sin prestigio, pero que necesita una dedicación de tres años), bajista en una orquesta de jazz, actor en una compañía ambulante de teatro y especialista en electricidad por correspondencia. He estado a punto de ser descubierto, de caer en la trampa de la precipitación por creerme ante un descarado farsante. Pues bien, he tenido que rectificar y retirar con urgencia mi injustificada demanda porque todo lo que he citado es cierto, sí, cierto y verdadero. Empezaré por el final: si Matías ha dado clases de inglés es porque en sus hábitos está, sencillamente, hacer de todo. Y si mañana tuviera que trabajar de técnico—reparador de lavadoras lo haría con mediana eficacia, pero también lo haría, porque es así como se ha propuesto hacer guiños a la vida. El capellán del colegio de la Salle, tan citado por el director Fulgencio, no es, como he sabido, hermano del padre ni de la madre del muchacho, sino del arcipreste de Nuestra Señora de la Soledad, a cuya parroquia asiste frecuentemente la madre de Matías a limpiar las vidrieras y colaborar en otros me-

nesteres. El cura sabía que no era necesario dar tantas explicaciones y que citándolo como sobrino podía ahorrarse lo demás. El muchacho se presentó hace mucho en el colegio de Moncloa dispuesto a todo por trabajar de día y estudiar de noche, pero esos colegios no están previstos para los necesitados. Llevó a término la parte primera, la del trabajo, y el propio capellán falsificó su expediente al tiempo que le daba furtivas clases de todo, creyendo hacer así una caridad. Rellenó los cuestionarios, clasificó la ficha, puso las notas finales de los cursos y presentó todo para que Matías estudiara en el turno de noche de la universidad como si hubiera hecho allí el bachillerato. Así se matriculó el desdichado en primer curso. Cuando Fulgencio fue director recibió una carta que la que Matías, como antiguo alumno, solicitaba un puesto de profesor de literatura, o de francés en el propio colegio y, como último recurso, de profesor inglés, y aquí está la clave de este asunto. Matías había hecho la carrera a tropezones, siempre con la duda de si la convi-

vencia entre clases y trabajo remunerado podía hacerse compatible un mes tras otro. En el primer curso, el que no se completó hasta que llegó al ordenador el dato que faltaba, es decir, el certificado falso, aprobó sólo alguna asignatura. Al final del segundo curso, que en realidad era el primer año, le quedaban seis, dos de primero y cuatro de segundo. En tercero quiso hacer filología francesa, o inglesa, pero las clases coincidían con su trabajo de profesor ilegal de matemáticas en un modesto colegio de Barajas. Los cursos vespertinos solo ofrecían historia o románicas, y eligió lo segundo porque se parecía más a lo que hubiera querido hacer. En tercero aprobó por fin el latín de primero, y en cuarto el latín de segundo. Solo entonces se sintió seguro de llegar al final. Terminó quinto en septiembre, exactamente cuatro años después de que el capellán hubiera formalizado caritativamente la falsa matrícula. Todos sus puestos de trabajo como docente han estado marcados por la ilegalidad, excepto los últimos días del colegio de Brunete en los que obtuvo el

título de licenciado y a la vez una carta de despido del director. En los años de universidad, además de haber trabajado como profesor de EGB, además de desempeñar y hacer los oficios y diplomas citados, había tenido tiempo de concederse una oportunidad breve, aunque fructífera, de casarse y dejar a su mujer dos veces embarazada. Y si ha sido profesor de diversas asignaturas en colegios de la periferia de la ciudad lo fue con consentimiento de los directores, que obtuvieron a su vez pingües beneficios. Cuando llegó la estabilidad, en Brunete, otros problemas, ahora de tipo político, le complicaron la calma. Hasta entonces Matías se levantaba a las siete y media para estar a las nueve en el colegio. Quedaba libre a las cinco de la tarde, y luego, en una hora, se ponía en la Universidad. A las diez y media terminaba las clases y, a las doce menos veinte, otra vez en casa. Los sábados y domingos los dedicaba a estudiar. Matías no ha soportado mostrarse pasivo ante la injusticia, y aunque aquí es un gran secreto, ha militado en partidos políticos revo-

lucionarios. Precisamente era ese, el liderazgo de revueltas reivindicativas, y no la falta de titulación, el verdadero motivo del despido del colegio de Brunete.

DIEZ

EL PROFESOR Y SU OFICIO

No deben sorprender los detalles íntimos que ofrezco. El psicólogo es como el médico o el confesor y aunque al principio de las entrevistas (todas ellas programadas, como he dejado entender, por el bien y mejora del centro) los informadores (que ellos no saben que lo son) se muestran reacios a enriquecer sus respuestas, después de algunas sesiones van ganando en sosiego, y se complacen y recrean en asuntos de su intimidad que yo mismo me mostraría ruborizado si tuviera que repetirlos, aunque lo haría con rigor profesional (como hice semanas atrás) si fueran necesarios para la justeza de mis informes. Sigo ahora con el difícil problema de la contratación de profesores para contar que Matías Montañés había dormido aquella

noche que precedió a la entrevista acurrucado a su mujer y con la cabeza bajo la almohada. Se despertó con un rescoldo seco en el paladar y cuando abrió los ojos quiso cerrarlos y huir de nuevo en el sueño. Y convencido de que había que seguir se vistió con sus ropas más nuevas, metió en su cartera lo que suponía necesario y salió de casa como si viviera el día siguiente al de su expulsión del colegio de Brunete. Compró y leyó el periódico en los vagones del metro y solo cuando estuvo en la estación de destino empezó a preguntarse lo que iba a hacer si, como era previsible, tenía que enfrentarse, sin más preparación que la tarde anterior, con seis clases seguidas de inglés/francés (seis, sí, como en los toros, dice que pensó). En su memoria solo aparecía la imagen de su profesor, del único de inglés que había tenido. ¿Por qué mintió Fulgencio si Matías no ha viajado a países de habla inglesa, ni tiene curso alguno que acredite su formación? Voy a darle a usted un ejemplo de cómo se construyen los equívocos. El profesor Montañés había recibido la carta de

despido (con arrogancia, según él, con evidencia, según he podido saber) el 21 de septiembre, un día después de hacer el último examen del último curso de universidad. Cuando meses después llegó a esta Institución, ya había sido, como he dicho, profesor de varios colegios, pero solo contaba con un día de legalidad de titulación, el último. El joven y revolucionario Matías debió armar un conflicto tal en el colegio de Brunete que dejó al director sin alternativa. Solo así se entiende un despido tan inusual en cuanto a época del año (con un curso recién iniciado) y tan irrazonable para el chico que, unas semanas después, aquejado de la garganta, ingresó en el Hospital Clínico y salió de allí operado de cuerdas vocales y con prescripción de descanso de voz hasta el fin de las dolencias. Cuando por Navidad pronunció las primeras palabras después del forzado silencio y reclusión, ya había acumulado tantas deudas e impaciencia que los currícula que envió en noviembre redactados para puestos de literatura o de francés fueron, empujados por la desespera-

ción y falta de respuestas, más numerosos y ambiciosos unas semanas después y dirigidos hacia asignaturas con más posibilidades de vacantes. Y lo que al principio aparecía como razonables conocimientos de inglés se convirtió, con la necesidad, en perfecto dominio del idioma, y esa fue la carta que llegó al hermano Fulgencio quien, a su vez, no puso en duda, como cabría esperar, la palabra de su antiguo aunque falso alumno. Matías está arrepentido y lamenta el disparate. «No tenía que haber mentido me ha dicho muchas veces no tenía que haber dicho que sabía lo que apenas balbuceaba». Seguramente también piensa, y no dice, que una vez más y gracias al inglés, superó otra difícil prueba. Llegados aquí es lícito preguntarse cómo funciona sin grandes escándalos una clase con un profesor cuya ignorancia supera la de sus alumnos. Y se lo voy a explicar. Si suele prestar su reverencia atención a nuestros usos y costumbres observará que cuando una persona conoce a otra desea saber las circunstancias que la envuelven, y el origen del indivi-

duo y la profesión ocupan lugares preferentes en nuestro deseo de identificarlos. Aquí, en este ambiente de enseñanza, la asignatura define a la persona. Si usted presenta a un hombre o mujer cualquiera como profesor de inglés, nadie le va a pedir que demuestre una instrucción que solo con nombrarla la damos por válida. Lo mismo sucede cuando conocemos a un médico, al director de una empresa, o a un ciudadano moscovita. Por eso cuando Castrillo, profesor de literatura de este centro y anglófono por afición y vivencias, se dirigió a Matías en inglés, y Matías le contestó en español, a Castrillo no se le ocurrió pensar que el nuevo no tenía la formación adecuada, sino que no colaboraba con el juego de hablar en una lengua que no era la propia. Y salvo rectificación de error por parte de los que lo presentaron como profesor de inglés, tendrá que hacerlo muy mal el impostor para que los demás descubrieran la argucia. No obstante, con el profesor Matías Montañés todo acaba siendo razonablemente explicado. ¿Cómo se puede ser profesor de inglés sin sa-

ber inglés? Tengo que hablar de un hombre, Alan Better, serio y fuertote, con gruesas y horrendas gafas de aumento que apenas ayudan a unos ojos miopes muy cerca de convertirse en inútiles para siempre. Alan Better vive cerca de la glorieta de Pirámides y está casado con una bellísima y seductora mujer que se gana la vida vendiendo en el Rastro los cuadros que ella misma pinta. Alan Better fue profesor de inglés de Matías Montañés durante todo un mes, el de julio de 1976, en el Instituto Briam, única formación inglesa de Matías. Las clases fueron diarias, de una hora, de cuatro a cinco de la tarde. Cerraban las ventanas y encendían el tubo de neón y un ventilador que apenas servía para evitar las gotas de sudor que se deslizaban por las mejillas de Better, sin afeitar, y por las de Matías, pulidas y brillantes. Por entonces el americano colocaba el texto a diez centímetros de sus gafas y tenía que moverlo línea a línea para poder leer. Hoy ya no puede hacerlo. Better asusta a cualquiera que no esté prevenido, sobre todo si, como yo, lo ve por

primera vez junto a su mujer. Better y Matías fueron grandes amigos gracias a Galdós y a los Beatles, porque los días que no venía el otro alumno matriculado en Briam (que fueron casi todos) los dos se disputaban los datos más sutiles sobre el escritor y los músicos. El profesor traía un magnetófono, ponía canciones y luego hablaban sobre las circunstancias de composición y sobre la letra, que servía de texto para la clase. Better ha leído toda la obra de Galdós pegada a los ojos. Lo que le faltaba en la vista lo suplía con la memoria: conoce los nombres de las calles por donde transitan los personajes de «Fortunata y Jacinta», y los términos de amor que utiliza Juanito Santa Cruz, Jacinta y la propia Fortunata. Recuerda también los argumentos de los cuarenta y seis Episodios Nacionales, uno a uno, y los personajes más recónditos. Better y Matías, en las clases, intentaban hablarse en inglés. Un día le preguntó el americano: ¿Donde has aprendido a hablar así? ¿En ningún sitio, Better. Con el método Otto—Sauer: «Gramática sucinta de la lengua inglesa»

¿Y todo lo que sabes viene de ahí? ¿Quieres decir que por eso hablo tan mal? Matías se acordó aquel primer día de clase, por Ventas, al salir del metro, de Alan Better, y luego de la mujer de Alan Better, y después, otra vez, de él, en una desesperada llamada por recuperar las clases que no tuvieron continuación. A las nueve en punto llegó Matías a la mesa que días antes había ocupado el profesor de la Agencia despedido. La tapa de uno de los aparatos estaba quemada. Las clases se sucedieron hasta las cinco de la tarde. Luego, al final de la jornada, cuando comprobó que sus temores habían sido insignificantes comparados con la desdeñosa realidad, y que no tenía ni una palabra que enseñar a los incontrolables y supuestos discípulos, se lanzó abatido por la ciudad con una idea fija: visitar y pedir ayuda desesperada a Alan Better, el único que podía dársela. El americano ha sido, y no puedo creerlo, desde su casa, el verdadero profesor de la Institución, y Matías el intérprete certero. Pero no crea que tiene tanta importancia. Si, como he dicho antes, le hubie-

ra correspondido ser reparador de lavadoras, ya habría ingeniado Matías otra solución. Better le preparaba las lecciones, y él, con ayuda del magnetófono, las exponía los martes y miércoles. Los ejercicios, sin ningún tipo de improvisación, los hacía los jueves, con rigor, y con los resultados que había previsto la víspera. A Matías le faltaba ciencia, pero no oficio. Tuvo complejas y enconadas dificultades, pero nunca, lo puedo decir, nunca achacables a sus vacilaciones, sino, más bien, a su endeble personalidad. Esquivar las preguntas y consumir las horas se convirtieron en su principal obsesión. Hacía exámenes los viernes, los corregía los sábados, con Better, y los devolvía los lunes, acompañados de la correspondiente explicación. Así completaba sus semanas. La historia de los individuos, sin embargo, se va marcando con pequeños e inapreciables detalles. Cuando Matías llegó a la puerta de la Institución su segundo día de clase coincidió con Mauricio Lanz que por entonces seguía siendo un gran madrugador. El exfraile llegaba temprano por si el

hermano Avelino Pozas quería preguntarle algo. Pero aquella mañana Mauricio quiso aprovecharla para hacerse simpático con Matías, con quien tal vez tendría que entenderse. Y Matías creyó que sí, que Mauricio había de ser su mejor compañero. Entró de nuevo con sus alumnos de último curso, puso el magnetófono y aguantó, de clase en clase, hasta la postrera. Al media mañana el hermano Pozas lo esperó a la salida de una de las aulas. Quería presentarle a Marta que estaba en su jornada de identificación y acomodo. El director había pensado que, siendo mujer, no debía incorporarse a las clases tan de repente.

ONCE

MARTA Y SUS MODOS

El día que había de dar su primera clase el despertador de Marta sonó a las ocho en punto de la mañana. Aquella mujer de vida prudente y azarosa debió recordar la época en que se levantaba en su casa de la Moncloa para coger el autobús de la universidad. Tenía

que armarse de coraje, lo sabía, para defender, desde su sensibilidad femenina, lo que muchos hombres eran incapaces de llevar a buen puerto. Tenía que ser capaz — debió pensar mientras repartía el agua de la ducha por todo su cuerpo — de transferir a aquellos chicos, o fieras, que por muy fieras que fueran habían de ser también personas, todo lo que había aprendido en la universidad, y luego en Estados Unidos. ¡El vocabulario, las reglas, las estructuras! Estaba segura de que iba a hablar despacio, como le habían aconsejado y, siempre que pudiera, en inglés. Quería parecer una verdadera nativa y enseñar los cientos de cosas que había aprendido en su experiencia viajera por Estados Unidos, por Inglaterra, por Irlanda... Su marido ya se habría tomado el café y estaría en su despacho haciendo no sabe qué cosas, desde muy temprano. Marta había preparado los libros la noche anterior y unas fotocopias que iban a servir para dar la sorpresa desde el primer día. *Tengo que causar sensación* — se debió decir mientras alisaba su pelo, envuelto el cuerpo en

una toalla blanca — *tengo que demostrarles lo que es una mujer enseñando inglés. Los hermanos no van a arrepentirse de su elección.*

La cama de su marido, aquel día, como tantos otros, estaba intacta. Otra vez se había quedado a dormir en el sofá de su despacho. La mujer de la limpieza llegaba a las ocho y media, y ella, a lo mejor, no volvía hasta las cinco o cinco y media de la tarde. No le pareció mal la silueta, la suya, que descubrió en el espejo del pasillo. De perfil también. Le hubiera gustado a Marta verse de espaldas. Bernardo estaba, como había sospechado, en el despacho. Ni siquiera la había oído levantarse. Marta se sentía eufórica aquel primer día. «Sí, le dijo a su marido, ya verás... se van a enterar esos chicos de lo que soy capaz.» Bernardo la acompañó hasta la puerta y la besó en la frente: ¡Que tengas suerte, Nena! Solía ocupar el arquitecto sus escasos ratos de ocio en amueblar la casa con antigüedades que se repartían por todos los rincones. Muebles a veces pequeños, decorativos, de los que él sabe mejor cotizados, y a veces vendía

alguno para comprar otro que mantuviera mejor su valor. Marta le había pedido como regalo de bodas una cocina nueva. Bernardo había insistido mucho en que pidiera lo que más le gustara a ella, un coche, sí le apetecía, un collar de perlas, una viaje donde se le ocurriera señalar, a cualquier lugar del mundo, pero ella prefería la cocina. El propio arquitecto diseñó el modelo y colocación de los muebles en una improvisada y plácida tarde de vacaciones. La madera, el roble; las formas, altas, estilizadas; los aparatos, encajados, disimulados para armonizar el recinto. No pidió presupuesto. Los carpinteros la hicieron como don Bernardo la había ideado, y luego, cuando vio cómo la armaban, modificó personalmente algunos detalles que en el papel parecían distintos. Cuando todo quedó a su gusto, firmó un cheque por la cantidad que señalaron sin exigir factura detallada. Y aquella primera mañana ya no tenía que hablarle el hermano Pozas de los peligros, ni de su condición de mujer, ni del riesgo de ser la primera desde que cien años antes quedara fundada la

orden. Tampoco tenía que recordarle el hermano director que, muy a pesar suyo, el puesto había de ser provisional. Y no es que estuviera en contra, pues precisamente él mismo había sugerido la idea de romper con la tradición, sino que (debía hacerse cargo) las costumbres no podían cambiar de la noche a la mañana. Ella habría de figurar en los anales de la orden, los cuales explicarían cómo en circunstancias tan adversas, pero aconsejados por la razón, se habían visto obligados a contratar *in extremis* a una profesora de buenos principios y vecina de la Institución hasta el final de curso. No ignoraban, porque habían pedido informes, su educación cristiana, tan dignamente edificada primero con las bases de un colegio religioso, y más tarde en un convento de Normandía, la patria chica del fundador. Tampoco tenía que visitar el colegio, cuyas dependencias había conocido con detalles acompañada del prefecto; ni a los profesores, ni siquiera al nuevo. Ya la había puesto Mauricio al corriente de lo que no había hecho el profesor despedido que ella iba a sus-

tituir. Aquella tarde, a las seis menos cuarto, Marta estaba ya de vuelta en su piso de la avenida de Bruselas. En cuanto cerró la puerta se puso a llorar de rabia. Era verdad. ¡No eran chicos, sino auténticas fieras! Eran verdaderas hienas, sí, horrendos buitres, carroña, pero no estaba dispuesta a decírselo a nadie hasta hacerse con las riendas de los rapaces, si es que eso llegaba algún día. Y estuvo incrédula y huraña toda la tarde; y ni siquiera quiso saludar a Bernardo que, viendo todo apagado, se refugió a su vuelta, como solía, en su despacho.

Dos días después, limando algunas asperezas que al principio parecían incorregibles, se sintió más tranquila. A las dos semanas los terrores más acuciantes se disiparon y aún algunos chicos empezaron a parecerle cándidos. No pasaba nada, no, porque una mujer diera clase a los mayores; no pasaba nada si frailes y seglares tomaban café con ella en los recreos; no pasaba nada porque no hubiera aseos destinados a señoras, pues Marta compartía alegremente

el de caballeros. ¿No los había compartido ella en su casa de soltera e incluso en la de casada? Y utilizaba, con habilidad, alguna broma que viniera al caso, osada, a veces, pero que fue haciéndose un lugar en las costumbres.

Tampoco era un inconveniente que el colegio no fuera mixto, y muchas veces profesores y alumnos hasta olvidaron que era mujer. Marta vestía vaqueros y un suéter rojo los más de los días. No era coqueta porque no había sentido la necesidad ni la ocasión adecuada para aprender a serlo. Tenía un rostro algo redondeado y una cabellera negra, corta y revuelta, como los peinados de ciertos profesores descuidados. Nunca le había gustado arreglarse demasiado, lo justo para no destacar. Solo unos pendientes de bolita dorada señalaban tímidamente la feminidad. Un hombre puede mirar de maneras distintas a una mujer, como a otro hombre. La profesora de inglés inspiraba la mirada lasciva, pero en ella no había nunca signos externos que la sugirieran, ni naturales, ni creados para el caso en que la provocaran. Más merecía una

mirada compasiva pues para una mujer debía de ser mucho más difícil que para un hombre conducir una clase de indómitos. Supo ella mostrar con el silencio que eso no importaba. Sin que nadie tuviera tiempo para advertirlo, fue Marta rápidamente amada por los profesores, por los de un bando y los del otro, sin distinción. Era la chica capaz de dejarse ver sin engreimiento, con inadvertida modestia. No le faltaban conocimientos ni recursos para vencer los problemas diarios. Los alumnos vieron pronto en ella la seguridad, y también cierto aplomo, ausente en otros profesores y, aunque no fue admirada por todos, tampoco fue relegada por los proscritos. El hermano director añadía con Marta un triunfo más a su carrera. Un triunfo modesto (pues la decisión había sido aconsejada por la urgencia) y efímero (muy a pesar suyo, solo había de durar hasta mayo), pero que podría señalar el inicio de una nueva era. Marta fue capaz de entender con presteza los propósitos y despropósitos de la orden. La chica había aprendido de su padre, según he

creído entender, la obediencia incondicional. De su madre, la resignación. Estados Unidos le enseñó a comportarse con naturalidad y relajamiento en cualquier ambiente. La universidad, creía ella, le había abierto la puerta a sus conocimientos, tan sólidos, porque así habían de ser. Y el resto, tal vez lo más importante de su carácter, lo había aprendido, y así lo confesó muchas veces, entre los provincianos y tozudos modos y estilos de la Normandía francesa. Y Allí, lejos de todos, Marta forjó su manera de ser tan propia, tan moderadamente arrogante, tan infrecuente. A juicio de Nacho, siempre perspicaz, a Marta le faltaba un poco de *charme*, sí, lo decía en francés, un poco de *charme*, le dijo a Willy un día en un rincón de la sala de profesores. Muchas veces, a la hora del café, cuando hablaban en grupo, Marta, desde su infringida modestia, iba conquistando las miradas de la reunión. Le faltaba, era cierto, algo de feminidad, pero tenía encanto, una magia portentosa que repartía sin preferencias. Los profesores, incluso los frailes, tan poco acostum-

brados a la convivencia mixta, llegaron a hablar con ella ajenos a su condición de mujer.

Y la llegada de Marta al colegio fue valorada con tanta afectación que la personalidad de Matías Montañés, muy comentada en los primeros días por sustituir al profesor expulsado tan sin razón, cayó en el olvido, y eso a pesar del pasado contradictorio que acompañaba al chico. Matías y Marta se hablaron con la complicidad de los novatos:

— ¿Y tú cuando terminaste la carrera? — le preguntó Marta.

— El año pasado, en septiembre...

— ¿Eres de Filología Inglesa y no te conozco?

— No, yo soy del nocturno — dijo por no mentir y para ocultar sus carencias.

— ¡Ah!... Ya.

DOCE
NUEVAS COSTUMBRES

e he concedido un forzado descanso la semana pasada que justifico con la fiesta de la Inmaculada, celebrada aquí con grandes eventos religiosos y deportivos. Pude haber enviado un informe colmado de dudas, pero decidí faltar por una vez a mis envíos para darles coherencia y no tener que desmentir mis sospechas. La prisa es mala consejera. Sé que no habíamos previsto en nuestros acuerdos esta festividad, que se ha celebrado un sábado, y me he permitido concedérmela sin consentimiento expreso a cambio del reciente esfuerzo por dar luz al misterio que envolvía al profesor Montañés, tan ensombrecido y olvidado por la personalidad de Marta.

La profesora, con voluntad o sin ella, como he repetido, escondía su feminidad en los momentos en que no hacía falta destacarla, que eran casi todos, y la ponía de manifiesto las pocas veces que así creyó que había que hacerlo. El primer compañero y amigo de la desafortunada mujer fue Mauricio. Para unos el exfraile había influido de manera diabólica en Avelino

Pozas en busca de las clases y privilegios del despedido, pues, enemigo de la mediocridad, su puesto había de ser el primero. Para otros, sin embargo, mejor informados, había sido una cesión del nuevo, de Matías, a quien, recién salido de la universidad, le venía grande el destino, y había preferido ceder su responsabilidad a los más experimentados. Muy pocos conocieron las trampas del profesor Montañés y otros se enteraron tan tarde que o bien no lo creyeron, porque no es tan fácil perder la primera idea, o bien ya no les interesó la intriga.

Mauricio y Marta charlaban de programas, de ritmo, de temas, de alumnos y, lo que parecía más complicado, de la obra de teatro que habían de representar a final de curso. Muchas veces, pues lo consideraban de buen gusto y estilo, se hablaban en inglés. Los profesores de la Agencia, los despedidos, ya habían anunciado en sus clase que tenían la intención de preparar un fragmento de *Otelo*, pero aquello no parecía complacer a Mauricio. Y no tanto por el tema, que él casi prefería eso a tener que elegir los

actores de *Romeo y Julieta*, sino por sentirse continuador de los profesores de la Agencia que tantos trastornos le habían causado al centro. Y así se expresaba con Marta, y así se hubiera expresado gustoso con el hermano Luis o con Avelino Pozas. Pero en el fondo entre esos hechos y la obra de Shakespeare, había dicho Marta muy juiciosamente, existía una gran distancia. Y solo lo dijo una vez, para no influir, para dejar claro que a ella le daba igual haber hecho esa o cualquier otra. Y como Mauricio tampoco tenía ninguna propuesta que no fuera el monólogo de Molly Bloom en *Ulises* de Joyce, y eso ya sabía él que era más propio de universidad que de colegio, aceptó la continuidad, que en ello también había ventajas. Se pusieron de acuerdo una tarde en que Marta, agradecida por el agasajo que recibía diariamente a la hora del café en la sala de profesores, pues no le habían pedido su aportación proporcional a los gastos, invitó a merendar a los que frecuentaban el desayuno y, por extensión, a todo el que

quisiera ir, sin necesidad de alardes que pudiesen resultar ofensivos.

Mauricio y Marta que tantas veces hablaban juntos, iban delante. Les seguían los demás invitados. Salían del colegio. Como habían pasado muchos días sin que pareciera avanzar la decisión, Mauricio, tomando por una parte su reciente cargo de jefe de departamento, y por otra un profundo agradecimiento a la galantería de su nueva compañera, le dijo:

— Tienes razón, he decidido que hagamos *Otelo*.

Y ella contestó:

— No creo que tengamos que arrepentirnos.

Y Mauricio quedó encantado con la respuesta. Había dicho *tengamos*, en plural, y quiso ver en las palabras de Marta una complicidad incondicional. A la merienda informal habían acudido más de una docena de seglares y unos cuantos frailes jóvenes.

La asistenta había dejado preparadas unas bandejas de canapés ya colocados sobre la mesa y, fiel observadora de los gustos de los com-

pañeros de departamento y de los amigos de los compañeros de departamento, seglares o no, tenía también Marta dispuestas las bebidas que ellos solían tomar sobre una mesita de ruedas. No faltaban sillas. Allí estaban los profesores de Matemáticas, que tenían que irse pronto, y Nacho y Willy, que no tenían ninguna prisa. Allí estaba también el nuevo de inglés y Castrillo que se había propuesto protegerlo porque le parecía un buen chico. Los religiosos se sentaron en el diván, al lado del incondicional Federico. El marido de Marta, que estaba al corriente de la reunión, había prometido volver pronto, lo más pronto posible, a menos que se le complicaran las cosas a última hora. Marta, dando ejemplo de buen hacer según Castrillo, se movió muy pocas veces de su sitio. Todo estaba tan a mano que solo hacía falta servirse. La velada resultó gratificante. Mauricio organizó la primera polémica al comunicar que sería *Otelo,* y no otra, la obra seleccionada para la representación final, creyendo que Nacho y Matías podrían estar interesados, y sin sospe-

char que Castrillo tuviera conocimientos tan fieles de Shakespeare como para rechazar la opinión generalizada de que la pieza teatral se siguiera identificando con los celos. No eran celos, sino venganza, o malignidad, o envidia. Otelo ha preferido a Cassio, y no a Yago, como lugarteniente. Yago, para vengarse, le hace creer a Otelo que su mujer, Desdémona, no le es fiel.

Nacho oyó la interpretación de Castrillo y se identificó de inmediato con Yago, pues así de crueles eran sus deseos. Mauricio, hábil trepador, era Cassio. Ahora faltaba la venganza, pero no estaba dispuesto a perder el tiempo con el ex-fraile «soplón y lameculos». Nacho no tenía miedo a las palabras, bien sabía él que todo podía decirse a condición de buscar el momento oportuno. Por eso era comedido ante los frailes y ante Federico y Mauricio, que actuaban también como frailes. Sin embargo hacía de Willy, hombre sellado por la prudencia, su único confidente. Con él se podía hablar en libertad.

Castrillo continuó explicando que Yago, con su malévolo plan, no espera conseguir nada bueno para él mismo: si todo sale bien, aparte de la venganza, no mejorará su posición ni sus oportunidades; si sale mal, que es lo más probable dada la complejidad de la argucia, la catástrofe caerá sobre su persona. Por eso Shakespeare sintió la necesidad de no limitar las motivaciones de Yago a la envidia por el lugarteniente de Cassio y, a posteriori, añadió la sospecha (después convicción) de que Otelo había conseguido los favores de la propia mujer de Yago. Sugirió luego Castrillo que representaran *El Rey Lear*, cuyos motivos, siendo cercanos, no tienen esa caprichosa trama de infidelidad que podía resultar tan perniciosa para los jóvenes estudiantes. Nacho quería hablar pero se contuvo. No estaba dispuesto a enriquecer ninguna iniciativa de su rival Mauricio Lanz. Matías, el nuevo, no había leído *Otelo*, no tenía tiempo, pero movía la cabeza de vez en cuando y le daba la razón a todos. A él le hubiera gustado que hablaran de Lope de Vega pero no

sabía como proponerlo, ni se hubiera atrevido. Uno de los frailes tomó la palabra para decir que Desdémona era mujer con cierta dosis de idiotez, porque sin su sutil participación el plan no habría funcionado.

— La acción de Desdémona — añadió entonces Castrillo con autoridad —en manos de Calderón habría sido motivo de agravio.

— Pero lo de Calderón — dijo Marta — y perdona Castrillo, porque ya sé que entro en tu terreno, es una memez al lado de Shakespeare.

— Hombre yo... yo no quiero comparar. A mí me gusta Calderón, y también Shakespeare. Calderón es entrañable, Shakespeare es cruel, nos pone las cosas demasiado claras. En *Otelo* no hay buenos y malos, todos son deplorables. Shakespeare es un artista del mal.

Después de aquellas palabras, Marta empezó a admirar a Castrillo. Y añadió:

— Tenemos previsto el acto V, cuando en la alcoba de Desdémona entra Otelo con una luz y la despierta para acusarla de infidelidad y, aunque ella lo niega, la estrangula.

— ¿Y quién va a hacer de Desdémona? — Preguntó Nacho con pretendida malicia.

Y provocó las risas que buscaba para que abandonaran aquella charla que le parecía tan sin gracia. A Nacho le gustaba lo picante, hablar en el límite de lo permisible, lo provocador. Por eso continuó diciendo:

— Ahora que ya tenemos profesoras, habría que pedirle a los frailes que nos traigan alumnas, a ver si así se anima la Comunidad Educativa...

A Federico el sexo de sus alumnos es algo que no le interesa demasiado. Le da igual que sean chicos o chicas, o las dos cosas juntas. Si venían chicas, muy bien, pero mientras tanto con los chicos él está encantado. Algunos hacían trabajos de clase que ninguna chica sería capaz de igualar. Federico veía en sus alumnos la perfección de la naturaleza. Algunas veces solía citar lo de la costilla de Adán. En el fondo la mujer no era más que una copia del hombre, y las copias siempre tienen algo de imperfecto. Después se reía para quitarle valor a lo que

acababa de decir, pero ya estaba dicho. Federico no quería distinguir entre compañeros seglares y religiosos, todos eran lo mismo.

La reunión terminó por partes. Después de los de matemáticas se fueron los frailes, luego Castrillo que tenía sus obligaciones. Era la primera vez que un intelectual de talla como él se había permitido abandonar sus quehaceres para dedicar unas horas a la vida mundana. Daniel Castrillo había abandonado provisionalmente su congregación a la espera de que su maltrecho padre fuera acogido en el reino de los justos. El padre Castrillo ha vivido toda su vida enclaustrado, pero la repentina y dura enfermedad de su progenitor lo sacó del convento. Mientras llega la muerte, da unas clases en el colegio para no estar ocioso y vive como cualquiera, luego ha de volver a su vida religiosa activa. Aquella tarde aceptó asistir a la merienda porque Marta se lo había pedido con tanto agrado y vehemencia que no pudo negarse. Bien entrada la noche se despidieron Federico y Willy. Mauricio y Matías se quedaron con Mar-

ta hasta que llegara su marido que aquella tarde debía haber tenido algún conflicto. Bernardo pasaba muchas horas en la oficina o en las obras, y llegaba a casa cansado, tan cansado que muchas noches Marta ni lo esperaba. Luego, al día siguiente, se lo encontraba trabajando en el despacho. Se preguntaba si no se pasaba las noches en blanco. Mauricio dijo entonces que a su mujer, la ex—telefonista, no le pasaba eso, sino todo lo contrario. Siempre la dejaba durmiendo.

TRECE

AMISTADES Y RECELOS

Mi querido y reverendo padre General, ¡Feliz año nuevo! Agradezco ahora haber acordado el descanso académico porque esta tarea es ardua y laberíntica, y a la vez, como todo trabajo hecho con esmero y dedicación, gratificante. He sabido que Mauricio encontró en Marta el antídoto de su soledad, del aislamiento en el que lo habían dejado sus compañeros, que era en el que estaba acostumbrado a vivir. El ex-

claustrado no había sido ni tenía la intención de ser un hombre de mundo, y tampoco podía decir que alguna vez hubiera confiado en alguien. Mantener relaciones amistosas y cordiales con la gente que lo rodeaba tenía gran importancia, ya lo sabía él, pero al mismo tiempo le parecía normal ir rodeándose de enemigos a medida que iba trazando el camino que más le interesaba. Entre los profesores, por entonces, aún tenía pocos; en el convento, había dejado un reguero. Nacho Sola fue el primero en odiarlo. Le hubiera caído mal de todas maneras porque le veía cara de fraile, de fraile ambicioso. Mauricio ha andado más de diez años con sotana y después, de una manera híbrida, convivía al lado de unos y otros en difícil equilibrio. No quería entrar en las razones de la interesante amistad con Marta. La chica no había tenido más enemigo que su padre, y ahora que había que procurar la cordialidad estaba dispuesta a no despreciar a nadie.

Mauricio frisaba los cuarenta. Su tez morena, sus ojos claros, su sonrisa lánguida, le

iban abriendo camino. Hombre caballeroso, inteligente, sin duda y, por encima de todo, compañero. Nadie podía reprochar que la amistad entre él y una compañera fuera en aumento. Se les veía juntos en los recreos, en el comedor, en las reuniones... Mauricio no le había hablado a nadie de sus asuntos íntimos porque siempre había creído que eso solo le interesaba a él, pero una tarde que Marta le dijo que no le hiciera mucho caso porque estaba trastornada por esos problemillas de la mujer, él se atrevió a contarle, en un exceso, tal vez, de confianza (que luego no supo si había hecho bien) que su mujer también andaba algo alterada por unos extraños males que la tenían relegada día a día, y que eran lo mismo que Marta estaba padeciendo, pero permanente, y que ya empezaba a inquietarse un poco por la duración, y por lo que ella sabía — dijo creyendo haber ingeniado un buen chiste —. Y la profesora se echó a reír. Mauricio descubrió en aquella cara la sonrisa de un ángel, de uno de aquellos ángeles que él había visto tantas veces en la cúpula de la capi-

lla del convento de Burgos. Un lunes que Marta cojeaba ligeramente Mauricio se interesó por su salud, y la profesora le contestó que no era nada, que una caída en su finca, por correr detrás del perro, que se pasaría pronto, pero mientras tanto tenía una herida en el muslo, sí, se había roto hasta el pantalón, y le mostró a Mauricio el lugar. El exfraile lo señaló y luego lo tocó: «¿te duele aquí...? ¿y aquí...?» Algo empezó a recorrer la sensibilidad de Mauricio, algo que él ya creyó sentir con la telefonista, pero que probablemente tenía olvidado. Mauricio no dudó nunca que Marta lo había elegido como buen compañero primero, y luego como aliado, y ya estaba viendo claro que la mujer le dedicaba un trato preferencial.

Todas las mañanas, en cuando cerraba, al salir, la puerta de su casa y bajaba las escaleras, su mente, la de Mauricio, abandonaba el hogar, y en ella, en su espíritu, entraba Marta, y empezaba a repasar las últimas frases que le había dicho, con esa voz tan dulce, tan sabiamente modulada. Después se acercaba al quiosco de

los ciegos antes de entrar en el coche, y otra vez aparecía su figura, la de ella, antes de verla de nuevo por casualidad (porque esas cosas sucedían por casualidad) a la entrada del colegio. Empezaba las clases pensando en ella, luego la buscaba por los pasillos con cualquier excusa, le guardaba textos y libros que pudieran interesarle para las clases y cada día, sin poder controlar su impulso, deseaba más y más encontrarse de frente con aquella tez de ángel. Cuando por las tardes veía a su mujer, Mauricio, tan capaz de llevar a buen término la convivencia, olvidaba a su compañera de colegio y se congratulaba con la piel ruda, sí, y no suave como la de Marta, que olía a mujer, y no a bálsamo como ella, que besaba en la mejilla, y no tenía labios sensuales y probablemente dulces. Su mujer era como era y no había más que decir. De Marta, sin embargo, no podía saber mucho. A lo mejor si la conociera más, seguramente, si la tratara de manera más íntima, podrían surgir todos esos defectos con más vigor, más abultados que los de su mujer que ahora estaba allí, a

su lado, reclinada en su hombro, leyendo una revista de modas que le acaba de subir porque ella se la había encargado, mientras él iba a buscar un texto muy especial para el próximo examen.

Cuando Mauricio Lanz y Federico hablaban, que no sucedía con frecuencia, lo hacían de números, de lo demás tenían pocas cosas en común. No de números matemáticos, sino de azar. Desde que abandonó el convento, Lanz se entusiasmaba con las cifras. El ya venía pensado desde su juventud que la vida era una cuestión de azar. Las posibilidades de haber nacido español se revelaban escasísimas comparadas con las de haber nacido en Estados Unidos, o en China, o en India. Él no había elegido su país, sino que le había caído en suerte. Tenía tan claro lo accidental de su afiliación que no le importaba mucho. Lo del pasaporte era algo accidental. Durante mucho tiempo se había sentido hijo de Dios y ciudadano de la Iglesia, y ahora, además de seguir siéndolo, que él no se consideraba pecador, había de añadir su condición

de ciudadano del mundo afiliado a todos aquellos países que hablaran inglés, francés o español. El español lo ponía en último lugar porque, aunque era su lengua, y él se sintiera patriota, no tenía por qué darle ninguna prioridad, sino al contrario. La educación consiste en citar primero a los otros. Para unificar sus creencias había que concederle la misma importancia que a las demás lenguas. En el fondo, en la vida todo era una cuestión de azar: el nacimiento (más le habría gustado a él nacer inglés que burgalés, tampoco era tan difícil), el aspecto físico (no estaba mal, pero empezaba a sentirse bajito y algo fuertote), la educación (su pobre madre le enseñó todo lo que pudo), y luego los pasos que uno va dando en la vida. Al elegir el colegio de frailes de Burgos no se dio cuenta de que renunciaba a un sin fin de situaciones. Aquello solo había sido producto del azar y de su buena disposición hacia los consejos. Bien podían haberle abierto el mundo de los negocios, y ahora, tal vez, sería un buen banquero. En la vida, ya lo sabía él, todo era cuestión de

llegar a tiempo. No se quejaba demasiado, pero se llegaba mejor a las cosas llamando constantemente a las puertas y tenía intención, aunque la edad empezaba a jugarle una mala pasada, de buscar por todas partes. Era consciente de que para muchas cosas se había hecho tarde pero, bien pensado, le quedaban multitud de posibilidades. Mientras iban llegando, se había propuesto no despreciar ni un solo día de su vida. Por eso participaba en todos los juegos de azar, en los que no intervenían las veleidades de las personas, sino estrictamente la suerte. El no había nacido en el seno de una familia como la de Marta, pero si hubiera recibido una educación tan refinada, si hubiera conocido personas que le aconsejaran con sagacidad, habría sido capaz de llegar el primero donde fuera. Como nada de eso había sucedido, Mauricio Lanz ya tenía comprobado que en la lotería y en las quinielas el azar se repartía por igual entre pobres y ricos, y aunque no había nacido entre adinerados ingleses, nada le podía impedir todavía que se convirtiera en afortunado español.

Tenía en mente todas las terminaciones de los premios que iban saliendo en los iguales. El 72 se había repetido tres veces en el último año. El estaba abonado al 38. Lo compraba todos los días. Si alguien, por casualidad, mostraba su simpatía por algún número, recorría los quioscos que hicieran falta por encontrarlo. Nacho y Castrillo se interesaban a veces por la lotería, pero Federico era, para ese asunto, su más fiel confidente. *Esta semana ha terminado en nueve*. *En lo que va de año, todavía no ha salido el tres ni el siete*. *Si el atlético de Bilbao no hubiera perdido, habría tenido once en la quiniela, pero esta semana los de once tampoco han cobrado*. Mauricio tenía una verdadera devoción por los números. El se hacía sus cuentas. Si por casualidad le tocaba, que existían serias aunque escasas posibilidades de que su número fuera el agraciado, su vida iba a cambiar de nuevo en la medida en que cambió cuando dejó el convento, o tal vez mucho más. Lo mejor, se tenía dicho, era jugar todas las semanas todo lo que pudiera... Alguna vez tendría que caer.

Muchas tardes, Nacho, Willy y Federico se iban a jugar al póquer e invitaban a Mauricio porque estaba siempre dispuesto y porque les faltaba uno. Luego descubrieron que con Mauricio daba gusto jugar porque perdía siempre. Mauricio no podía despreciar ni la carta más insignificante. En cada jugada sospechaba que a lo mejor los demás tenían menos que él y apostaba, y luego insistía, y así iban desapareciendo sus monedas, como con los ciegos, como en la lotería. Federico decía que a ese ritmo la mitad del sueldo de Mauricio desaparecía en el juego, pero Federico tal vez no debía hablar así porque él mismo, con menos obligaciones, se gastaba también buena parte de la asignación mensual que su madre le había aconsejado y que él había aceptado de buen grado. El más beneficiado solía ser Willy, que solo jugaba con ellos, por compañerismo, y ganaba sin esfuerzo. Ya se había impuesto invitar a güisqui durante las partidas. A Federico la ambición también le hacía perder, como a Nacho. El salón de la casa de Nacho reunía condiciones apropiadas

para el juego, salvo las excesivas interrupciones de su mujer que continuamente les preguntaba por la partida. La mujer de Nacho, en palabras de Federico, era una *rubia exageradamente guapa*, y lo repetía, aunque con cautela, hasta la saciedad. El donjuan, para complicar las cosas y para ver su reacción, le decía, consciente de su barbarie, que en la cama era una verdadera fiera. Entonces Federico enrojecía y contestaba: *yo de eso no he dicho nada, que no quiero meter baza*.

La rubia, que nunca llegó a sospechar de estas atrevidas conversaciones, hablaba sin artículos, o colocándolos donde ella creía que había que hacerlo. Nacho se había cansado de corregirle la influencia de su lengua natal que él llamaba yugoslavo para que se supiera identificar, pero ella, con un marcado sentido de patriotismo, lo corregía a su vez diciendo que se trataba del serbocroata.

CATORCE
LA OBSTINACIÓN DE IGNACIO SOLA

El profesor Ignacio Sola solía decir que estaba en Madrid *de rebote*, pero que en cuanto pudiera tenía la intención de *largarse*. El, además, había llegado al colegio por una *chorrada*, vamos, por una *chulada* de un tío a quien en cuanto tuviera ocasión lo iba a *hundir*. El profesor Sola, navarro de origen, al pueblo de sus padres no tenía la intención de volver. ¡Bastante había soportado ya a su familia! A lo mejor terminaba en Estados Unidos, pero más valdría no vaticinar su futuro porque la última vez que proyectó algo grande le salió tan mal que terminó, por idiota, con los frailes, pero se cuidaba mucho de decir esto en voz alta. Su padre (un hombre autoritario que había dedicado la vida a administrar su hacienda) pensaba que los hijos tenían que defenderse por sí solos y no vivir protegidos por la herencia. Por eso lo mandó a la universidad, impidió que siguiera los caminos fáciles, e impuso los criterios que habían de asegurarle un futuro independiente y digno. Nacho veía por entonces en su padre la autoridad suprema. Cuando terminó la carrera,

el cacique lo mandó dos años a Oxford para doctorar su anglófona formación. Todos los meses le mandaba la cantidad que le parecía suficiente para que no sobrara demasiado. El chico tenía permiso para volver a casa por Navidad y en verano, y la obligación de asistir a clase cuatro horas diarias. Sobre el resto de su tiempo su padre no había impuesto ningún criterio, y Nacho en las horas libres, que fueron muchas, se dedicó a su actividad preferida: las chicas y los bares. Allí aprendió la lengua y muchas cosas más de las que guardaría un apacible y fino recuerdo si no fuera por el error final. Aún con todo agradece ahora aquel alarde de generosidad y buen tino que tuvo el terrateniente. El chico Ignacio Sola advirtió pronto que cualquier conversación es tiempo de aprendizaje, sea quien fuere la persona que tuviera enfrente. Una experiencia tras otra descubrió en Oxford que las inglesas eran «fáciles, dulces y leales amantes», pero que no estaban dispuestas a perder sus «atributos patrios» compartiendo su amor con estudiantes foráneos. Chi-

cas muy distintas, ávidas por manejar y dominar la lengua del éxito, paseaban por las calles de Oxford y frecuentaban las mismas aulas que Nacho. Procedían de todas partes del planeta y él creyó algunas veces que estaba allí para acogerlas con frases galantes, para agasajarlas con algún gesto de largueza a la española, y para hacerles dos o tres cosillas a quienes aceptaran visitar su modesto pero hospitalario cuartito de un tercer piso en una residencia de estudiantes.

— Los primeros meses hice el gilipollas — le contó a Willy en un pub de Moncloa — luego entendí muy bien lo que había que hacer. Elegirlas, hablar de algo, proponerles lo que fuera y si decían que no, buscar a otra que dijera que sí. Las había por todas partes. Yo abordaba a las recién llegadas, les ayudaba a encontrar rincones interesantes y luego las invitaba a cerveza.

— Eres un borde, Nacho — le dijo Willy.

— Más lo podría ser si no hubiera caído en la trampa con la última de ellas. Primero la engañé yo, y luego ella a mí. Me hizo creer que estaba embarazada, pero me las va a pagar.

Una de aquellas estudiantes, en efecto, ha compartido desde entonces el hogar de Nacho. La joven Etelka había llegado a Oxford procedente de Zagreb en el mes de enero, con dos amigas más, y hablaba un inglés tosco y brutal, pero tenía un cuerpo delicado y penetrante según deduzco de las declaraciones del marido y he podido comprobar al entrevistarme con ella. A Nacho empezó pareciéndole una chica de las de altos vuelos. La acompañaban casi siempre dos amigas. Etelka neutralizó con brío los primeros intentos, o más bien los desvió hacia sus acompañantes, pero él había visto algo en la yugoslava que le proporcionaba nuevas fuerzas apenas concluidos los desplantes. Cuando menos esperanzado estaba, la encontró por casualidad en un parque y la siguió. Iba con las amigas de siempre. Entraron en una casa y estuvo esperándola más de dos horas. Salió ella sola. Como no estaba dispuesto a ganarse un nuevo rechazo, se mantuvo alejado y la siguió hasta descubrir su residencia. El resto fue una cuestión de perseverancia. Como Etel-

ka nunca quiso aceptar los cafés que Nacho le ofrecía en su dormitorio, empezaron pasando las tardes en las cafeterías, en los jardines, casi siempre humedecidos por la lluvia, en las bibliotecas. La chica era una mujer de carácter y Nacho tenía que alternar su ocio entre la serbocroata y las que iban llegando a la ciudad, mucho más maleables, aunque desprovistas de los encantos secretos e inflexibles de Etelka. La rubia de los Balcanes sabía guardar celosamente su magia a los requiebros de nadie, y cuando Nacho vino a darse cuenta la había convertido en un dios a cuya devoción estuvo incondicionalmente sometido. Todas las horas del día las consagraba a ella, pero la misteriosa mujer de los Balcanes seguía sin pisar su profanado dormitorio. Mientras tanto pasaban las otras candidatas a la lista del olvido. La yugoslava estuvo en Oxford tres meses y dos días. La víspera de su partida pasaron ella y Nacho la mañana juntos, de compras por la ciudad, y la tarde juntos, charlando y paseando bajo la lluvia hasta la saciedad, y por la noche, cuando iban a despedir-

se, él le pidió con la mirada fija en los ojos, en aquellas profundas y extranjeras oquedades, que aceptara tomar un café en su habitación. Y ella por vez primera no dijo que no. En la separación, Nacho se pasaba las horas libres escribiendo una interminable carta. La empezaba a la vuelta de las clases, por la tarde, la terminaba de noche, y la echaba al día siguiente, antes de las clases. Y así todos los días. Ella también escribía a diario. A veces se juntaban dos cartas, y hasta tres. El le confesaba su amor, ella le contestaba que tampoco podía vivir sin estar a su lado. La mañana en que Nacho tenía que volver Madrid no pudo dominar su incontrolado impulso y cambió el billete de avión por uno a Zagreb.

Los padres de Etelka no eran tan fieros como se había imaginado. Tenían hacia él por toda comunicación una sonrisa permanente que mostraba complacencia por la visita. Nacho los aceptó cada vez más, se les hicieron simpáticos y comenzó a balbucear aquella lengua tan oculta. Una mañana, cuando la vida de Nacho

se deslizaba suavemente por una insospechada calma, Etelka le comunicó que, aunque no estaba segura y todo podía ser una falsa alarma, tenía la certeza de que algo había modificando sus hábitos de mujer, de que algo estaba creciendo en su vientre. Nacho utilizó primero la grosería más gorda que conocía en inglés, luego le recorrió el cuerpo un sudor plumífero, y por último pensó que ya era él mayor de edad para tomar sus propias decisiones. Y como estaba seguro de que la quería, porque sí, la quería como a ninguna otra había querido, si su padre rechazaba su resolución de casarse con ella estaba dispuesto a convertir aquel acto en el principio de su rebelión. Le escribió una razonada carta explicando su deseo de vivir con ella para siempre y una semana después se presentó en su pueblo de Navarra:

— Ya sabes, papá, me voy a casar.

El cacique no alteró el gesto. Se encargó personalmente de hacer todo lo necesario para asistir a la ceremonia que tuvo lugar en una iglesia ortodoxa de Zagreb. Etelka y Nacho vi-

vieron unas semanas en una casa que los padres de la novia tenían desde siempre en la costa adriática, y que prudentemente habían dejado libre para que los recién casados disfrutaran su luna de miel. Etelka entonces quiso congratularse con su nueva familia e insistió para que las hermanas de Nacho, las dos, fueran a pasar con ellos los últimos días de septiembre. Quería conocerlas y que ellas conocieran el país. Las navarras aceptaron de buen grado. Dos días después Etelka cayó supuestamente enferma. Las hermanas la acompañaron a la clínica. Era cosa de mujeres. Contaron después que había sido horrible, sí, una monstruosa catástrofe. La primera señal ya la había tenido la noche anterior, pero no quiso alarmar a nadie. De madrugada había manchado las sábanas, incluso el colchón. Una vez ingresada la pérdida del embrión fue, según decía Etelka que habían dicho los médicos, irremediable. Y menos mal que no estaba sola. Etelka lloró hasta vaciar todas las lágrimas de su cuerpo ante la mirada misericordiosa de Nacho y sus hermanas. La pareja se

instaló al final de aquel verano en Madrid, en un piso de la calle Arturo Soria que el terrateniente se había encargado de buscar y comprar a su gusto, y no parecía tenerlo malo. También había puesto a disposición de los recién casados un flamante Renault cinco amarillo. Nacho no sabía ni podía imaginar que su padre hubiera reservado la generosidad para el momento de las nupcias, o más bien para el momento en que consideraba que su hijo había de seguir en solitario el sendero de la vida. Los anuncios de los periódicos madrileños pedían por aquellos días de octubre especialistas en inglés, y Nacho fue contratado en Mangold. A los pocos meses dejó de dar clases y se encargó de la selección de nuevos profesores. Al año era ya director de una nueva Agencia que debía servir para facilitar los contratos y llevar el control de los profesores que solicitaran los colegios privados de la ciudad. Fue el principal responsable de tan significado cargo durante dos años, y habría seguido haciéndolo si un *estúpido* (aquello no tenía otro nombre) si un *mezquino personaju-*

cho no se hubiera metido en lo que no le importaba. Y aún se la tenía jurada al *canalla*, y si la ocasión se presentaba lo iba a hundir, sí, a destrozarlo para siempre. Cuando Nacho se vio caer de tan alto, tuvo que pedir de mala gana un puesto de profesor en uno de los colegios clientes. El hermano Luis, el director, le dijo que sí. Por entonces quedó Etelka, ahora sí, realmente embarazada.

QUINCE

NUEVAS COSTUMBRES

No piense que he olvidado mi investigación para recrearme en la dimensión novelesca de mis informes, pues todo cuanto con justeza y calado expongo forma parte de un armazón cuya última pieza no he encontrado aún. Tampoco he postergado en la pasada carta, como parece su reverencia sugerir, la relación de mis pesquisas con la agresión objeto de este estudio.

Reconozco y lamento no haber informado hasta ahora sobre la consideración y honores

de la profesora, aunque solo fuera para reflejar el respeto con que se la recuerda cuando hablo de ella con mis comunicantes, y el forzado olvido dentro de la institución. Marta ha sido borrada hasta del recuerdo. Nadie quiere hablar en público de profesoras, ni de puñaladas, ni de dagas, ni de insanos agresores, ni de tumultos. Aquellas palabras se han convertido en tabú y han desaparecido del vocabulario porque hacían temblar. Vivimos aquí en un tácito acuerdo por suprimir de la memoria el 17 de mayo último. No es que exista una disposición clara por olvidar los actos criminales, por dar a entender que nunca ha ocurrido nada, sino que, aunque sólo han pasado ocho meses, los hechos se han alejado tanto de las voluntades que no queda ni el menor rastro de ellos.

El agresor, a quien he visitado desde el anonimato, sigue recluido en el hospital psiquiátrico con un tratamiento que a mi parecer no necesita. Le aseguro que a mí me parece hombre en su sano juicio. Ni un solo profesor ha ido a visitarlo. Para ellos, sencillamente, ha desapa-

recido también. Y no lo han borrado de la memoria como si hubiera muerto, más bien como si nunca hubiera existido.

Me satisface saber que los informes llegan a sus manos con regularidad y reserva. Ya lo suponía yo que no he dejado de observar las señales convenidas, y que espero ansioso ver pronto el signo que me autorice para pedir al hermano Rogelio la baja y final de mis servicios, y dejar así de soportar su arrogancia. Y para poner más luz en los turbios instintos que creo alimentaron la brutal agresión, necesito explicar lo acaecido unos días antes de la muerte de Marta en unos grandes almacenes.

Muchos son los lugares públicos de acceso incontrolado que ofrecen en una ciudad como la nuestra cierta protección. Además de los túneles subterráneos para el tráfico (y cito esto para dar una idea de lo que necesito explicar), de los pasillos del metro, del interior de los coches abandonados, contamos con lugares más acogedores como oficinas de correos, confortables sillones en bancos y cajas de ahorro, ca-

feterías, salones de hoteles de lujo, centros comerciales, salas de exposiciones, universidades, compañías de seguros, ministerios, y algunos más, y todos ellos disponen de lugares recónditos donde las personas solemos hacer diligencias que exigen soledad, y eso sin necesidad de pedir permiso a nadie para su acceso. Pues parece ser, digo, que unos días antes del crimen, según secreto conocido por pocos, Marta y uno de los frailes jóvenes estuvieron de compras en unos grandes almacenes. Y he sabido que el rumor que siguió fue que ambos se habían encerrado en un probador. Tengo la certeza de que pocos dieron crédito a actitud tan infundada, pero la noticia se extendió imparable y llegó, también en secreto, a los oídos de los responsables de la Institución. Y como sólo los propios actores podían corroborar o desmentir el chismorreo, y como nadie iba a pedirles explicaciones, muy pocos consideraron graciosa y oportuna lo que no parecía más que una broma irreverente y hasta obscena. Y si alguien, por casualidad, lo tuvo algún tiempo por cierto,

debió descartarlo de inmediato porque consta que Marta fue mujer de rectos principios.

La recomposición de aquel incidente es como sigue: Pocas veces habían hablado el fraile y la profesora antes del recreo del día en que fueron juntos de compras. Y fue que cuando tomaban café y el novicio expresó su deseo de comprarse unos pantalones que sustituyeran a los que ya quedaban tan estrechos, Marta le preguntó que cómo se la arreglaban ellos, los frailes, para elegir el atuendo, y él dijo que de cualquier manera, y ella añadió con prestancia: «Ya se nota, así vais.» Era un día de primavera anticipada y aunque la chica y el joven se hablaban con confianza ella debió sentirse algo culpable de haber hecho referencia a la destartalada indumentaria de los clérigos, con tan corta vida de ropa seglar. Y con voluntad de borrar la ofensa le propuso y se prestó a acompañarlo. Quedaron a la salida del colegio. Fueron en metro hasta Goya y entraron en la famosa tienda y eligieron los pantalones que ella seleccionó. Hasta aquí las versiones coinciden y solo

unos pocos añaden la entrada en los probadores.

Incrédulo yo al principio, debo dejar ahora constancia de tales atrevimientos en honor a la necesidad que estos informes tienen de aquellos hechos. Creo que sin este hallazgo se produciría una ruptura o vacío entre dos peldaños de la escalera que conduce a la solución, y ésta quedaría partida, y mi investigación sin continuidad. Y ya no importa tanto que entraran juntos o no, sino que la noticia se extendiera con el añadido de que lo hubieran hecho. Al profesor Willy le llegó la graciosa y picante anécdota (que bien podría haber sido, creyó él, una aguda broma) de refilón, pero le contó a Nacho con detalles e imaginación lo que sabía. Lucas el fraile, el necesitado de atuendo más acorde con los tiempos, que ya sabía él que era «buena gente» y que vestía como un payaso, había hablado, como he dicho, a la hora del café y en la sala de profesores de su intención de ir a comprar ropa porque ya estaba bien que los frailes vistieran como fantoches, que una

cosa era comprarse una camisa de flores, y otra ir siempre de gris, que parecían híbridos. Que como ya no iba a utilizar la sotana, estaba dispuesto a vestir como todo el mundo. Y Marta, siempre tan servicial, se prestó a acompañarlo, así, sin más, por la tarde, si él quería. Lucas, el fraile, claro, dijo que sí. *No te enrolles, Willy,* — interrumpió Nacho — *eso ya lo sabía, cuéntame lo interesante*. Iban aquel día los dos en el errecinco amarillo de Nacho hacia los pubs de Galaxia. El de inglés conducía con la atención puesta en otros coches, por si la casualidad lo enfrentaba con unos ojos penetrantes y femeninos que quisieran compartir la mirada con la suya. No sé si habrá algo interesante, Nacho. Lo que contaba Federico, ahí, en la puerta del colegio, era que los frailes no sólo empezaban a vestirse como todo el mundo, sino que también salían con chicas.

— ¿Cómo? ¿Qué es eso de salir con chicas?

Y entonces Willy le reprochó que fuera tan pesado porque iba a forzarlo a contar lo que no había oído. Parece ser que dijo que Marta se

había encargado de elegir los pantalones, y bien porque consideró que tenía que ver cómo le quedaba el modelo, o bien porque para ella los frailes, aunque fueron carne, ahora sólo son espíritu, entró con él en los probadores.

— ¡Eso se lo ha inventado el gordo!

Se refería a Federico.

— Eso, tal y como lo he oído, es verdad, pero a mí no me importa que tú no te lo creas, joder, Nacho, que siempre tienes que tener razón.

Había un tráfico inusual. Aparcaron en Fernando el Católico. A veces la ciudad se mostraba amable con sus ciudadanos y el frío no era tan intenso. Willy y Nacho caminaron por el barrio dándole vueltas a lo insólito. Marta no era particularmente atractiva, ya lo sabían ellos, pero podía serlo, solo necesitaba un elemental toque de feminidad. No podía decirse que tuviera un cuerpo deforme, que en eso Nacho era experto, ni que los pómulos, un tanto abultados, trastornaran las proporciones de un cutis fino y una sonrisa casi siempre agradable, aun-

que ya se había fijado Willy en que empezaba a ser duro, muy dura para ella la convivencia con algunas «bestias» de la ilustre Institución. Según Nacho lo de los probadores no era más que un abultado cotilleo a pesar de lo que contaba Willy. Consta que lo había acompañado a comprarse el pantalón, sí, y tal vez entró, estuvo cerca de él o con él en los probadores, pero de ahí a esa barbarie de los instintos...

— ¿Y quién más sabía aquello?

— Nadie más, Nacho. Federico es muy amigo del fraile. Y si Federico me lo ha contado es porque ya sabes como es, porque le gusta sorprendernos con sus historias sobre la intimidad de los hermanos, para ver así crecida su persona, porque no le da importancia a eso, ya sabes. Si fuera él mismo el acompañante de Lucas en el probador no lo habría contado, no, porque le daría mucha más importancia, y el asunto sería más íntimo.

— ¿Y tú crees que fue así?

— Estoy seguro.

— ¿Y por qué lo habría hecho Marta?

— Porque es una mujer ingenua. Yo creo que entra en el probador con Lucas como entraría con su marido...

— ¿Y cómo entra con su marido? Pues solo para ver la ropa... ¿No conoces a su marido?

— No.

— Pues es un hombre muy ocupado, y con poco tiempo para ella, ni para nadie...

— ¿¡Y qué quieres decir con eso!?

— Pues que creo que su marido, aunque es su pareja y así consta en los papeles, no funciona como tal...

— ¿Y cómo lo sabes?

— ¡Joder, Nacho! ¿Quieres no preguntar tonterías?

— Vamos, Willy, no me vengas con historias. ¡No jodas! No vengas a decirme que tú te conoces la intimidad de esa tía y el arquitecto...

— No, yo te digo lo que me ha dicho gente que los conoce. Y te digo también que, aunque no lo parezca, cuando el río suena, agua lleva. Para mí, es cierto...

— No digas tonterías, Willy, vamos... no me digas... que...

DIECISÉIS

LAS FRONTERAS DEL DESEO

Los esfuerzos para alcanzar y encajar los lances que en este decimosexto informe se narran han sido tales que me he permitido, porque así lo exigía el tiempo (que es implacable) asignarles un valor doble. Y he preferido hacerlo así antes que enviar datos por mitad, que eso hubiera sido más propio de novela por entregas que de honesta y puntual indagación.

Alguna vez había pensado Mauricio Lanz que podría suceder lo que aquí se cuenta, pero no le dio importancia. Alguna vez tuvo miedo y ganas de enamorarse otra vez, de sentir ese ímpetu enloquecedor que destruye todo lo que ve a su paso como destruyó su puesto en la orden, como destruyó su carrera, que bien podía ser él ahora director de uno de los colegios, o prior de la congregación. No era posible que se diesen las circunstancias para tan desmesurada

ocurrencia. Pero apenas disipaba sus dudas, volvían a surgir otras para luego desaparecer y así muchas veces. Marta Villalobos lo había cogido del brazo en alguna ocasión. Federico y otros frailes también lo hacían, pero ella, además, le empujaba con el cuerpo, como si no le importara tener aquellos dos bultitos que se quedaban tan dulcemente clavados. Y algunas veces saludaba, «buenos días», «buenas tardes» y «qué tal», pero otras se lanzaba, y le daba un beso, y con la otra mano lo cogía de la cabeza, y apretaba de tal manera que lo había dejado algo alterado, y ya había pensado que aquella mujer, que no parecía mujer, aquella chica, que en ocasiones pasaba muy bien por un profesor, no era tan chica ni tan profesor, sino que dejaba huella, alguna cosa que él, Mauricio, tan conocedor de sensaciones de esta vida, no podía evitar y acoger como nueva, como absoluta. Sí, ella era una frívola, muchas veces parecía frivolidad y ñoñería cuando contaba que habían pasado el fin de semana en la finca, cuidando las flores, paseando con Ber-

nardo y con el perro, que a saber qué perro tenían; también era una pedantería pretender saber de todo, entender de todo, participar en todas las conversaciones.

Pero Marta tenía algo en las manos, en el olor, en los gestos, algo que él, Mauricio, todavía no era capaz de definir, algo para lo que no encontraba nombre. A la salida del colegio se fueron un día charloteando hasta la puerta principal y se pararon, cuando ya iban a despedirse, en la acera. Los alumnos pasaban por un lado y el otro, y algunos decían: «adiós profesora», «adiós profesor», y ellos contestaban con la cabeza, y a veces repetían el saludo, pero sin ganas ni voluntad de volver a sus casas. Ya por entonces le parecía a Mauricio monótono y vulgar encontrarse con su mujer en el sofá, leyendo no sabe qué idiotez, una tarde tras otra, y preguntando sistemáticamente cómo le había ido el día en el colegio. Ya sabía ella como iban los días en el colegio, como siempre. Además, bien podía idearse algún trabajo que no fuera otra vez el de telefonista en vez de malgastar el

día en casa limpiando sin nada inteligente que hacer. A Marta el silencio del caserón le trastornaba la cabeza y prefería hablar con los compañeros, inmiscuirse en ese nuevo mundo que se le había abierto de repente. «Te acompaño un poco», le había dicho Mauricio. Y seguían hablando de los chicos, del programa, de cualquier asunto. Y Marta, que tenía la suerte de vivir tan cerca, le dijo que subiera, que si quería tomar alguna cosa, y él le contestó que no, que de ninguna manera; pero ella le hizo decir que sí, que bueno, que se quedaba un momento. Lo acomodó en el salón y le trajo un café con leche. Ella iba a tomarse otro porque la jornada le había resultado larga y pesada. Mauricio se quería ir pronto, no sabía bien por qué. No tenía ninguna prisa, pero él quería decir que había dejado algo pendiente, algunos exámenes que corregir o que preparar. Y Marta, con calma, le pidió que se quedara un poquito más si no tenia nada urgente que hacer, se le hacían las veladas tan largas... Para Marta pasarse la tarde hablando con Mauricio debía

tener la misma importancia que charlar con su vecina y amiga Asunción, o incluso ir de compras con un fraile. Era una manera de soportar mejor la soledad a que el trabajo de su marido la había condenado. Para Mauricio, sin embargo, la tarde tenía algún extraño y recóndito motivo para creer que lo estaba haciendo mal, de faltar el respeto a alguien, a alguna persona o principio, tal vez. Marta no le daba ninguna importancia. Cuando la oscuridad empezó a invadir el salón ella estaba contando su vida en Normandía, tan perdida en el pasado. Había llegado Francia, a la residencia de monjas, con rebeldía, marcada por el odio, pero el día que tuvo que despedirse de las hermanas lloró. Ya no sabía explicar lo que le había pasado. Algunas veces achacaba el cambio a la amabilidad, a aquella cortesía tan desconocida en su casa; otras al paisaje, a la calma del paisaje; y otras a la rigurosidad de los días, a la organización del tiempo, todo reglamentado con tanto cuidado y razón. A lo mejor había sido la influencia de tantas cosas a la vez.

— Una no sabe nunca muy bien lo que es vivir, pero menos cuando es joven. Si estás cómoda con las amigas crees que todo es tener amigas. Si disfrutas un día con una película crees que todo es ver cine. Si sales con un chico piensas que toda la vida es ese chico. Si te diviertes, como mi prima, yendo de compras, te pasas la vida en los almacenes. Yo me divertía con pocas cosas, y a la vez con todo. Le tomé manía a la academia de Gaztambide, era odiosa. No le dije a mi padre que había dejado de ir por evitar el conflicto, y luego fue peor. Cuando se enteró debió creer que, como un soldado, merecía la muerte por desertar. Me conmutó la pena máxima por el exilio. Y no sabe el bien que me hizo. Desde entonces no lo he vuelto a odiar, y aprendí muchas cosas allí, pero la mejor, tal vez, es que no merece la pena despreciar a nadie. Es como odiarse a sí mismo.

— ¿Por qué tu padre no te mandó a la Universidad, y no a aquella academia dónde no se aprendía nada?

— Yo no servía para la universidad. Me costaba aprobar los cursos y acabé el bachillerato muy retrasada. Por entonces no le encontraba sentido a nada y me pasaba las tardes dando vueltas en casa, de un lado a otro, esperando que viniera alguien a vernos, mirando como una tonta la televisión, o pensando si vendría o no mi prima en las vacaciones.

— Y a la vuelta de Normandía empezaste a ver todo más claro...

— No exactamente. Cuando vine de Normandía pensé que nada había cambiado. Y es verdad que todo era igual, pero había vivido lo bastante fuera de la casa de mis padres para saber que la vida tenía que hacerla yo misma. Empecé a pensar sin contar con ellos, y al mismo tiempo decidida a hacer lo que me pidieran. Me daba igual. La libertad, en el fondo, estaba en mí misma. En Normandía había aprendido a coger un libro y pasarme las tardes leyendo, así construía mi mundo. En Madrid hice lo mismo. Por eso cuando en la universidad me pedían que leyera tal o cual cosa, lo hacía como si yo

me lo hubiera impuesto, y me iba bien. De repente me di cuenta que pasaba de un curso a otro sin esfuerzo. En Normandía perdí la voluntad propia, y a la vez acepté como voluntario todo lo que me venía impuesto desde fuera de mí. Y no solo me di cuenta de que daba igual, sino de que era mejor.

La noche ya había invadido la ciudad y ninguno de los dos se movió para encender la luz. Hablaban cada vez de manera más íntima. Las farolas de la calle iluminaban delicadamente la estancia.

Mauricio empezó a contar que él nunca hubiera abandonado la orden de no ser por ese sentimiento de estar renunciando a algo que había deseado toda su vida. No era su mujer lo que le había atraído en realidad, sino abstenerse de sentir que existían otros ambientes como existían otras vidas, y que la de fraile profesor de inglés estaba cargada de hastío. Y Marta contestó que ella nunca se hubiera casado de no ser porque su voluntad ya estaba doblegada desde Normandía, y sabía que no casarse solo

era menos malo que aceptar a Bernardo, quien, por otra parte, era un gran hombre, y estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera a su alcance por complacerla y hacerla feliz. Pero no todo estaba al alcance de su marido. Cuando Mauricio le preguntó que cómo se había enamorado ella de Bernardo, Marta le contestó con solemnidad que ella no se había enamorado ni de su marido ni de nadie. Mauricio no pudo creerse lo que estaba oyendo. El exfraile se acercó entonces a ella, que estaba sentada y algo recostada en la butaca, oculta en la penumbra, con el cercano resplandor de la luz de la farola de la calle, y se acomodó en su hombro a la manera que su mujer, que ahora estaría llamando en su búsqueda no sabe donde, lo hacía con él todas las tardes. Marta no movió su cuerpo y reclinó la cabeza.

Bernardo no volvió aquella noche, o si volvió lo hizo tan tarde que ni siquiera abrió, respetando sus costumbres, la puerta de la habitación donde Mauricio y Marta estuvieron en vela hasta el amanecer. Mauricio salió de allí

antes del alba, mucho antes de las primeras luces, con discreción y sigilo, hacia el colegio, donde había dejado su coche. Condujo lento por la ciudad solitaria del amanecer. Las calles no le parecían sino largos senderos, los árboles eran frondosas acacias, las casas, palacios adosados, los coches bellas carrozas, la gente, que no eran sino los madrugadores porque a esas horas los hombres descansaban pegados a sus insípidas mujeres, acurrucados a la espera del sonido del despertador, eran los príncipes encantados que velaban su dicha. El mundo era distinto, sí, Dios había creado un mundo para los imbéciles que no conocían lo que estaba sintiendo, y otro para los agraciados como él que, a esas horas tan tempranas, y a esa edad tan tardía, acababa de descubrir que el hombre estaba hecho para la mujer, pero no para una mujer cualquiera, sino para la mujer que como Marta era capaz de hablar como ella lo hacía, y de moverse, de coger por los hombros sin recato, hasta el amanecer, de amar hasta que estalla el sentido, hasta que vibra el cerebro, hasta

que explotan las venas, hasta que el éxtasis llega primero a la piel, y se recrea en ella, y luego se va apoderando de los pies, por los tobillos, de las manos, y se introduce en todo el cuerpo que aguanta y aguanta, y luego se queda clavado en el sentimiento, que él no sabe donde está el sentimiento. El mundo seguía siendo el mundo, pero visto con un caleidoscopio especial que la magia había de crear cuando Marta, desnuda, le había dicho: *¡Mauricio, dúchate si quieres antes de irte!* Y él había entrado en el cuarto de baño, que no había imaginado que existieran cuartos de baño con una ducha en un extremo, una bañera redonda en el otro, con escalones, y una puertecita en el fondo, y dos lavabos, y todo, absolutamente todo, hasta las toallas, con colores tenues, uniformes, jaspeados. Y él, desnudo, se había pasado por la ducha, porque a lo mejor eso es lo que se hacía, y ella le había ayudado a vestirse. Y el otro, Bernardo, probablemente, estaría en el extremo de la casa, que a saber por donde seguía la casa, para no molestar a su mujer, a su encanta-

dora mujer, que tan descansada había de estar para el día siguiente. Marta le dio la camisa, y la chaqueta escocesa, sí, escocesa, repleta de bolígrafos. Y lo acompañó con sigilo hasta la puerta y, cuando se iba a ir, se había lanzado hacia él, y lo había cogido del cuello. Y no se dijeron ni una palabra. Para qué. Sí hubo una sonrisa de complicidad y un adiós con la mano.

A esas horas no iba a sorprenderlo nadie.

DIECISIETE

VUELTA A LA VIDA

Algunos estados de espíritu, los emocionales, suplen perfectamente necesidades que impone la naturaleza como el sueño o el hambre. A Mauricio, que no había dormido, se le hizo de día en el interior de su coche porque había dejado de tener prisa desde la tarde anterior y porque se recreaba en recordar pormenores de la extensa velada con Marta. Deseaba, inmóvil, hacer eternos los minutos. Nunca, ni cuando le tocó un premio en la lotería, que era poco, pero que auguraba lo que podía

venir después, ni cuando estrenó su hogar, recién casado, con la que ahora había de estar dando vueltas en busca del jugador de su marido, ni cuando comprobó que él también era un hombre libre como los demás, ni cuando le llegó la dispensa de Roma, ni cuando descubrió la calma de las islas Británicas, ni cuando se sintió el más afortunado de los frailes, ni cuando empezó a ir todo bien en el convento, ni cuando su padre, tantos años atrás, le regaló un reloj de pulsera, ni siquiera cuando consideró que él era más afortunado que los otros chicos de su pueblo que no habían sido llamados y elegidos por el Señor para servirle, nunca, nunca antes había sentido la dicha de aquel amanecer. El tacto, pensaba, el tacto solo le había servido hasta entonces para manejar los bolígrafos, su colección de bolígrafos, tan dignamente expuesta en la estantería de su despacho. Aquellas manos tan pobremente inutilizadas pasando páginas de libros, corrigiendo exámenes, escribiendo lo que a nadie más que a él podía interesarle, aquel tacto, nunca hubiera imaginado

que sirviera para mucho más, para trasmitir rápidas y entrecortadas caricias unas veces, y lentas y persistentes las más. El gusto, las glándulas, lo que a los hermanos de la comunidad solo le servía para distinguir las lentejas de los garbanzos, el chocolate de los flanes... ¡Qué sabían ellos del dulce néctar! La boca le había servido hasta entonces para hablar, para expresarse en clase con dignidad, ¡qué con dignidad!, con elocuencia, bien sabía él que era elocuencia lo que había aprendido en su congregación. ¡Qué tontería! ¡Cómo podía imaginar que Dios hubiera reservado para la boca otra finalidad tan específica, tan sabiamente creada para descubrir... para...! Y la vista, Dios mío... Lo que él había visto no le pertenecía a nadie más. Tal vez algo parecido había podido entrever el arquitecto, el marido, pero no estaba seguro de que hubiese sido capaz de apreciarlo. Lo sabe porque Marta no le podía haber mentido. Y tú, Mauricio... ¿Con quién... ? Y él había contestado como un caballero toda la verdad. Había deseado a muchas, lo confesaba, y las había des-

echado de inmediato. Solo su mujer había servido. Y Marta, que musitaba con fruición y flaqueza, con una voz enronquecida y envuelta en la conmoción, era una mujer que sentía cerca ya de los treinta años emociones que le habían estado reservadas desde antes de los veinte y que sin él, sin Mauricio, habrían tenido que esperar todavía la llegada de otro, si es que llegaba, que era sabido que para muchos no llegaba nunca. Cuando el profesor de inglés pensaba con orgullo en su privilegio, le recorría todo el cuerpo un ligero temblor seguido de una emoción cálida y seca. Él había leído palabras de amor en novelas, pocas veces, porque no creía en la ficción, pero suficientes para conocer emociones como la suya. Las que igualaban a las compartidas con Marta estaban en «Lady Chatterley's Lover» y no eran tan groseras como las imaginó en Irlanda, donde había tenido ocasión de leer secretamente a D. H. Lawrence con la digna intención de ampliar sin tabúes su vocabulario. Lo suyo podía parecer grosero, pero bien mirado en aquella habitación tan llena

de buen gusto (en la decoración) y de encanto (en ella, en Marta) era elegante y fino, y no vulgar. Él, Mauricio Lanz, representaba al jardinero, al rudo jardinero. Ella a Lady Chatterley. Ahora que compartía aquellos sentimientos que durante tanto tiempo le habían parecido locos y descalabrados empezaba a entender el significado de las palabras, a comprender mejor lo que solo había sospechado cuando le contaban historias de huidas, de amores locos. Eso sí que era para huir, para escapar de todo hacia donde ella quisiera. Y vivir los dos, sin nadie, entre gente extraña, en un pueblecito irlandés que él había tenido la ocasión de conocer y al que debía asemejarse mucho el paraíso. Donde nadie supiera de dónde venían y hacia donde iban, donde nadie sospechara que él había sido fraile y que ella, mujer casada, ya había abandonado a su arquitecto insensible, donde sólo hubiera cabida para el olvido, donde se pudiera nacer de nuevo. Mauricio había oído a los cuarenta años palabras cálidas de amor que sus alumnos se decían a los diecisiete, que Nacho, a

lo mejor, estaba harto de oír, y que mucho antes le dijo por primera vez a la yugoslava en una noche de fuego como la suya. Él había sido un optimista y tenía la intención de seguir siéndolo, y se alegró al pensar que muchos de sus compañeros, desde el convento, dejaban pasar la vida sin tener la menor idea de los bienes del Señor, sí, decía bien, de los bienes del Señor. Luego recordó que Marta olía a paño fino, tal vez a seda; su mujer a cartón y, cuando sudaba, a podredumbre, a rayos, a rescoldo de tormenta... El sudor de Marta era el de las flores en abril. No podía ser todo tan bello. Y de repente se acordó del final de Lady Chatterley y el jardinero. ¡Qué tonterías! Aunque algo tenía que ocurrir, estaba seguro, no podía pasar como en la novela. Iba a recordarlo toda la vida, sí, toda la vida, aunque no volviera a repetirse. Las horas del día junto a ella, en las clases, la dejadez del marido, la necesidad de llenar ambas vidas de secretos y emociones, el camino, tan libre, hacia las habitaciones protegidas por la independencia de él, del hombre ocupado, eran

síntomas inequívocos de una continuidad que parecía a todas luces asegurada. Si llegaba a más, si la fuerza de aquella llama desbordaba los límites (que bien podía desbordarlos) bien sabía él que la historia estaba repleta de irremediables tragedias. ¿Qué pasaría (se le ocurrió pensar, y desechó de repente la idea) si su secreto llegara a oídos del hermano director, o de Avelino? No quería decir la palabra. No hacía falta recordarla porque ya le había venido a la mente en varias ocasiones. No tenía por qué saberse. Nadie iba a enterarse si los dos guardaban prudentemente el secreto. Sí, la prudencia, y luego la conciencia. Eso lo sabían muy bien los británicos. La conciencia es personal. Cada cual tiene la suya. Y la de Mauricio había de ser como era porque de lo contrario Dios no le habría permitido gozar de todo aquel bien tan insospechado (que tanto debía parecerse al del paraíso) de todo aquel bien sin el cual podría haberse ido a la tumba si Marta no se hubiera cruzado en su camino. Tenían que ser muy prudentes, mucho más de lo que él había pen-

sado. Y el primer error y pista era haber dejado el coche en la puerta del colegio. ¿Quién podía sospechar horas antes lo que iba a ocurrir? A lo mejor pensaban que había pasado la noche en la sala de profesores poniendo al día las clases. ¡Qué tontería! A nadie se le ocurre pasar la noche en el colegio ni siquiera preparando las clases. Él, si llegaba el caso, que iba a llegar (al menos con su mujer) tenía que justificar tan prolongada e injustificable ausencia con su debilidad por los juegos de azar. Ya lo sabían todos. Y ni siquiera había tenido la delicadeza de comunicarle por teléfono que había padecido las incontroladas y poco virtuosas (aunque no graves) tendencias por el juego. El coche lo había dejado en la puerta del colegio porque no sospechaba que volvería tan tarde. Su intención era pasar un par de horas en la sala de juegos. Luego obtuvo dos premios y, como tantas veces, lo perdió todo. La ambición había vencido de nuevo. Era mejor reconocer la avaricia que su otro pecado. Detrás de todo aquello guardaría su secreto, el más preciado secreto de su

vida, el más placentero y dulce que jamás hubiera soñado sentir.

DIECIOCHO

VÍSPERAS DE TRAGEDIA

En la Institución los días se deslizaban en calma. Para el hermano director los problemas con el inglés superaban con éxito los plazos que la cautela aconseja, y eso a pesar de los riesgos que se había atrevido a correr. Se estaba dejando notar una integración más cordial entre los profesores seglares y los de la orden. Federico y Matías, el nuevo, se citaban frecuentemente en la ciudad con los hermanos jóvenes para ir al cine o al teatro, o para dar un paseo, y algunas veces iba también la profesora de inglés que con tanta sagacidad y prudencia había sabido acatar los hábitos y disciplina del centro. Buen cuidado tomaba el Director de preguntar a los novicios, que son los que mejor informan, sobre lo que pudiera prepararse a sus espaldas. La sala de profesores se había convertido en centro de tertulia de consagrados y se-

glares, sin distinción, en los recreos de la mañana y de la comida, y a la hora del café. El director no iba, claro que no, no podía ir, pero bien sabía lo que allí se hablaba. Los ensayos de las obras de teatro en castellano y en inglés presagiaban el éxito de la fiesta de fin de curso si no fuera, debió pensar, por la desafortunada elección de «Otelo». La comunidad parecía contenta. No se hubiera podido pedir más después del susto y conflicto con los profesores de la agencia.

El hermano Avelino Pozas no suele preguntarse por el estado de sus asuntos. El se ha impuesto desde siempre llevar a cabo su función lo mejor posible y por eso aunque todo pareciera ir bien se consideraba obligado a trabajar sin descanso, a buscar constantemente algo que mejorar, a enterarse de los conflictos más recónditos que pudieran alterar la buena marcha pedagógica y disciplinaria del centro. Ya había tenido él noticias de la dificultad con que Matías Montañés conducía sus quehaceres y lo consideró como lógicos tropiezos de jóvenes y

primerizos. Habían venido algunos padres con sutiles protestas por la escasa práctica de conversación en sus clases de inglés, pero ya había defendido el profesor su sistema alegando, como había oído decir, que el nivel de las clases era bajo (y se había cuidado de silenciar que más bajo era el suyo) y que con cincuenta y dos alumnos a poco tocaban en los ejercicios de conversación que, aunque poco frecuentes (mintió) algunos sí hacía. Otra cosa era que el magnetófono sirviera de documento auténtico y no la voz del profesor que, no siendo nativo y tan afectado de garganta, prefería entonaciones más fieles al uso autóctono del país de origen. No podían los alumnos quejarse del trabajo: Matías, con gran voluntad, se había impuesto corregir, para beneficio de sus clases, un examen a la semana.

Más complicada podría ser, llegado el caso, esa tendencia e incluso hábito del profesor de matemáticas a explicar teoremas y aplicaciones utilizando como muletillas todo tipo de términos malsonantes, de palabrotas corrientes y

vulgares. Mientras no fueran groseras y soeces la cosa podía pasar, siempre que no se acumularan las quejas de las familias. El mal lenguado profesor trabajaba también (y lo sigue haciendo) como meteorólogo en el Servicio Nacional. Desde que lo nombraron jefe se reservó las guardias de los sábados, que cuentan doble, y con eso cumplía. Como tenía libre el resto de la semana, se dedicó, sin mayor dificultad, a la enseñanza, pero ya por entonces estaba arrepentido de su doble empleo. En cinco días de trabajo los «putos» frailes (así le gusta a él llamarlos) apenas pagan la tercera parte de lo que él obtiene como funcionario en un solo día a la semana. Lo mejor que le podría pasar ahora que había cumplido los cincuenta y cinco, era que, por alguna extraña e injustificable razón, lo despidieran, y se viesen obligados a indemnizar de acuerdo con los preceptos legales. Por eso había decidido explicar las ecuaciones con palabrotas, a ver si había suerte. Al menos, mientras llegaba ese día desahogaba sus iras en clase, que no había derecho, *coño*, que no hab-

ía derecho a que esos *cabrones* pagaran así de mal.

Daniel Castrillo solía decir que a su padre le quedaban entre un minuto y quince años de vida. ¡Qué iba a saber él sobre los planes de Dios! Mientras tanto se sentía obligado a dar clases porque ya no vivía con la congregación, con su orden, a la que tenía la intención de volver en cuanto su progenitor entregara el alma. Como la vida seglar le había venido tan de nuevas, ahorraba por si acaso unos durillos que le facilitaran un futuro acomodado a las costumbres sociales: cambiar de coche, porque en la ciudad es imposible vivir sin autonomía para los tan necesarios desplazamientos, invitar a cenar, salir al teatro... Por lo demás él tenía pocos gastos. Venía al colegio con una cartera negra y desgastada. Aparcaba el Volkswagen, que era el mejor coche del mundo como él se encargaba de recordarle a todo el que quisiera oírlo (que no eran muchos), y pasaba a saludar al director antes de subir a la sala de profesores por si había que decir alguna misa. Y que no se pre-

ocupara, como otras veces, por pagarla tan rápido, que ya habría tiempo. Se fumaba un cigarro antes de empezar las clases y luego explicaba todo lo que venía en el libro, sin saltarse una sola línea. Un día le dijeron que si le parecía bien podía señalar un libro de lectura obligatoria para sus alumnos.

— ¿Y cada uno se compra el suyo?

— Pues claro.

— ¿Y a mí quien me compra el mío?

— Hombre, tampoco es para tanto...

Castrillo aplicó el consejo y mandó leer doscientas páginas que Delibes había escrito sobre la caza.

— ¡Hombre, Castrillo — le dijeron — ¿Cómo se te ha ocurrido elegir ese libro... ? ¡Que eso no hay quien lo lea!

— Ya, ya he visto que hay que explicar muchos términos especializados pero era lo único que tenía en casa a mano...! No iba a mandar uno que tuviera que comprar con mi dinero...!

Castrillo se traía en la cartera gastada y descolorida un par de naranjas. En Estados

Unidos había aprendido que en la piel están las vitaminas. Y se las comía por todo alimento a mediodía. Enteras y sin pelar mientras paseaba de lado a lado en la sala de profesores. Los demás, mientras tanto, bajaban al comedor. A él no le gustaba la comida comunitaria entre seglares. No era una cuestión de precio, insistía, es que no le gustaba, sencillamente. Prefería quedarse solo con el breviario y alguna revista más. Y mordía la naranja con el mismo fervor que rezaba vísperas. Ya estaba él acostumbrado a ese sabor áspero y amargo de las naranjas y de la vida, y a cosas peores...

Nacho pensó más de una vez poco antes del final del curso pasado lo que iba a hacer en éste si no lo llamaban para un trabajo a «su altura», pero no quiso complicarse la vida. Él hacía lo que estaba haciendo y se acabó. Si salía bien se iba y listo. Si no salía, no pasaba nada, se quedaba. El dinero no había de preocuparle. Ya habían visto el nuevo piso, el que iban a comprar, también por Arturo Soria. De la mitad y un poco más se seguía encargando su padre,

de la otra parte, su suegro, que ya era hora de que aportara algo. Mientras tanto tenía avisado al banco para que no enviaran a casa ni una sola carta, que ya pasaría él a recogerlas. A su mujer Etelka ni le interesaban esos líos de cuentas ni de otros asuntos que él consideraba de su intimidad. Nacho se gastaba lo que le hacía falta, lo que le pedía el cuerpo, sin ningún límite. Si ella hubiera trabajado, pensaba el profesor, también tendría derecho a gastarse lo suyo.

Willy compartía un piso con otros dos amigos en Diego de León. A él las clases de Educación Física le funcionaban bien. Se ponía el chándal, cogía el coche y se plantaba en el colegio. Luego comía con Nacho y con Matías, el nuevo, el sustituto de los de la Agencia, como a él le gustaba llamarlo. No era el chico tan reservado como parecía. La comida del colegio no era buena, pero sí abundante. El plato fuerte solía ser de alubias, garbanzos o arroz, luego un segundo de pescado y otro de carne. De postre, dos frutas del tiempo y algún dulce. Para beber

ponían cerveza, vino y sidra. Willy comía de todo. A los hermanos les gustaba la sidra, y habían solicitado a la empresa encargada del comedor que la pusiera a diario. Por razones obvias habían hecho extensible aquel bien a los profesores. Por las tardes se duchaba Willy con jabón para que desapareciera el sudor de la jornada. Se vestía de calle y se iba a dar una vuelta con Nacho, o con los del piso.

Los viernes salía del colegio hacia Onteniente sin ducharse siquiera. Algunos fines de semana su novia venía a Madrid, pero él la respetaba mucho y no insistía. Estaba dispuesto a llegar solo a los límites que ella consintiera. Aunque dormían en habitaciones distintas, a veces se pasaban la tarde en la misma. Eso no quería decir nada. Willy no quería franquear la frontera que su novia había reservado para el matrimonio. Por eso su sueño más preciado era obtener la vacante de profesor de Educación Física en el Instituto de Onteniente.

Matías tenía un calendario en el que marcaba los días que faltaban para el final de curso.

Mientras llegaba ese momento todas las mañanas antes de salir de casa concentraba su mente y su espíritu para evitar caer en grave error, que los pequeños ya los daba por inevitables. Usaba cartera negra, vieja y destartalada, y en el interior conseguía alojar el magnetófono y los libros. Utilizaba el artefacto, como he dicho en un informe anterior, todos los martes y miércoles, al empezar la clase; los jueves hacía los ejercicios, los vienes examen, y los lunes los devolvía e intentaba consumir toda la hora explicando con calma la corrección. A las cinco y media, en cuanto salía del colegio, corría al metro de Ventas y se presentaba en la glorieta de Pirámides. Ya le pagaría el favor a Alan Better que tanto y tan bien le enseñaba cuanto podía. Matías leía primero atentamente la lección, y el americano corregía con cuidado y acierto todas las faltas. Los alumnos se dieron cuenta de la pronunciación de Matías, tan española, tan castiza, pero a veces era capaz de sorprenderlos con complejas cuestiones de gramática, y eso les hacía dudar. Si no pasaba

nada grave estaba seguro de llegar a final de curso, y ya se encargaría él de buscar otro colegio durante el verano.

Los sábados por la tarde y la noche corregía los trescientos dieciséis exámenes. Si le faltaba tiempo o lo vencía el sueño, los terminaba en la mañana del domingo. Matías, en el mejor de los casos, resolvía con más o menos éxito un par de conflictos diarios con los chicos, pero bien sabía él que el primer trimestre, sin colegio y sin alumnos, todo había sido mucho peor. Solo su mujer conocía sus secretos, y estuvo admirada mucho tiempo porque ella no había esperado de la Institución más que el sueldo de un mes y otro despido. La chica, que había sido alumna muchos años, no podía comprender, ni imaginar, que un profesor pudiera serlo sin haber sido antes alumno (al menos durante algún periodo razonable) de aquello mismo que explicaba.

DIECINUEVE
CAMBIOS POLÍTICOS Y SECUELAS

a Institución, que como bien sabe su reverencia no tiene más legado que el de extender y proclamar la doctrina del hermano fundador, no sabe de política. Por encima de los gobiernos ha de perpetuar el Colegio su labor evangelizadora. No puede, sin embargo, ser ajena a los cambios que el pasado curso, y éste mismo, se están produciendo en nuestro país. La muerte del anterior jefe de estado y las primeras elecciones libres han convulsionado la vida de estos años en todos los sectores de nuestra sociedad, y también el de la enseñanza. La Institución no hace pública su postura, pero deja entender que los principios que rigen la conducta de los individuos han de tener base en la vida religiosa, y que solo la religión de Roma es la verdadera. Por eso los partidos cuyos principios coinciden expresamente con los promulgados por la iglesia católica cuentan con su benevolencia y, en su caso, con el apoyo de la gran familia de hermanos de la Instrucción Cristiana.

Hasta la llegada de los nuevos tiempos los alumnos habían mostrado cierta pasividad y

alejamiento de tan nobles ideales, pero con la propaganda política en la televisión y en las calles de nuestra ciudad consta que empezaron a tomar abiertamente partido. Este colegio, nutrido con clases medias y altas, se muestra, como usted debe saber, más partidario de los políticos del antiguo régimen que de los abiertamente democráticos. No le aclaro nada si le digo para completar que los frailes arraigados a la tradición expresan con más vehemencia sus simpatías que los escasos partidarios de posturas más acordes con los tiempos que corren. Es cierto, sin embargo, que el curso pasado (y todavía éste) aquí se ven los acontecimientos que convulsionan nuestro país con cierta indiferencia, pero algunos alumnos dejan ver su ideología con símbolos como la cruz gamada, la camisa azul o un brazalete con bandera española, y todo eso con el aliento de algunos profesores y la pasividad del resto.

El alumno de tercer curso Rodrigo Alcaraz (a quien el hermano director con tan buen criterio ha excluido de las listas de este curso) no solo

vestía habitualmente con camisa azul escudo de yugo y flechas de Falange, sino que estaba dispuesto a defender a ultranza y con todo tipo de medios (y el aliento de su profesor de literatura, el hermano Ferrer, como he sabido) los principios que habían inspirado la prosperidad española de los últimos cuarenta años. Bien sabía él que también el profesor de historia, Federico, compartía su opinión, pues ya lo había visto en las manifestaciones de su partido, e incluso que el de matemáticas lo dejaba hacer, y le reía sus gracias y, además, compartía con él el gran honor de haber sido también falangista auténtico, de los de antes, y fiel seguidor, después, de líderes proclives al antiguo régimen. Con el resto de los profesores tenía sus dudas porque no se manifestaban con claridad en ningún sentido, pero presentía que, en el fondo, estaban a su lado. Solo un enemigo claro, el profesor de inglés, de quien había oído algunos comentarios que le llevaron a la conclusión de que era «rojo». Se lo había notado, además, según decía, en la cara, y se había prometido

«jugársela». No creo que el alumno Alcaraz hubiera hecho investigaciones sobre el pasado sindicalista de su profesor Matías Montañés, pero hay actitudes que no se pueden ocultar y éste tal vez dejó notar en algún comentario (aunque me consta la prudencia del falso y necesitado profesor de inglés) la razón democrática frente a la intransigencia.

He sabido que un lunes Matías Montañés devolvió en clase un examen en el que Rodrigo Alcaraz no había superado los mínimos. Nadie podía sospechar que aquel era el momento elegido por el activista. Alcaraz se subió a la tarima con aire de alumno capaz y, apoyado por algunos de sus compañeros, que también lo eran de ideas, colocó el examen a la altura de los ojos de Matías y dijo con denuedo: «Esto merece un aprobado, póngalo ahora mismo. Ya sabe quién soy».

El profesor quiso entrar en razones que Rodrigo no estaba dispuesto a compartir, y ni siquiera a oír, para dar mejor continuidad a sus propósitos. Por eso el chico se fue de clase sin

el menor aviso. A la mañana siguiente se presentó con sus padres, con los dos, y con el examen en la mano, en el despacho del director. El hermano Luis, con calma y razón y sin querer entrar en aprietos los envió al jefe de estudios. Avelino conocía muy bien los furibundos alegatos de aquella familia con la que había tenido la oportunidad de entrevistarse otras veces y que era, además, amiga del profesor de matemáticas. Conocía también el hábil prefecto las dificultades que estaba atravesando Matías Montañés. Y ya sea porque sus buenos modales le impedía hacerlo de otro modo, o porque no quiso que la familia elevara el grito al cielo, o tal vez porque le habría hecho falta sobrado tiempo y energías para disuadirlos de su demanda, se vio forzado a prometerles la consideración del caso, es decir, de la mala nota del trimestre.

He ordenado y analizado con detenimiento este asunto y llegado a deducir que no había nada que considerar ni revisar. Por evitar cualquier conflicto que lo delatara, Matías habría

modificado con gusto el resultado del examen y, por consiguiente, el de la nota media del trimestre. El joven Alcaraz buscaba, no cabe duda, el enfrentamiento. Y voy a dar un dato definitivo que he sabido a última hora: era capaz de hacer perfectamente un examen de inglés, porque ha hecho dos cursos en Irlanda, dos veranos seguidos, y porque así lo había acreditado en clase desde siempre, pero estaba educado para la intransigencia y por eso preparó su malévolo plan contra la perversión de la izquierda. Volvió Alcaraz a presentarse en el despacho del prefecto con sus padres y los exámenes, todos ellos mediocremente completados, y con el boletín de notas trimestrales y, esta vez, además, con el apoyo del profesor de matemáticas tan afín a sus ideas políticas. Avelino, que otra vez buscó en vano fundamento a su actuación tuvo que comprometerse y prometió estudiar el asunto, y no encontró maneras para explicarse con el profesor de inglés.

La argucia de Alcaraz, y esto sí que ha sido difícil de averiguar, está en el origen y es tam-

bién parte del motor de los hechos locos que habían de suceder dos días más tarde. Y no confundo, créame su reverencia, las churras con las merinas pues este escándalo, tan cerca ya de su esclarecimiento, tiene dosis de influencias tan dispares y sutiles que por muchos esfuerzos que haga la policía, no podrán formar parte nunca de un expediente judicial.

La reclamación del alumno tenía fácil respuesta si alguien (el propio hermano Avelino) con hábiles y sencillas palabras hubiera podido explicar a Matías la infundada y cruel protesta de su extravagante alumno. Entonces Matías, superando la astucia de Alcaraz (y me consta que tenía habilidad para hacerlo) le habría puesto una nota también infundada, pero que impidiera la reclamación. No debió enterarse, o no lo entendió. Y para agravar su confusión Nacho y Willy, que solo conocían el conflicto de oídas, le aconsejaron precipitadamente que se mantuviera firme ante lo que fuera, y que no cediera, si es que tenía que ceder, en nada. Y como Matías Montañés y Avelino Pozas habla-

ron, cuando tuvieron oportunidad de hacerlo, de cosas distintas, porque el prefecto no tiene don de palabra y al chico le faltaba seguridad, el fraile tomó la decisión de sugerir a Mauricio Lanz que como jefe de departamento preparara un examen para el alumno rebelde, y luego lo corrigiera, y que, como solución salomónica, aquella calificación se convirtiera en la trimestral. Pensó Avelino, con razón, que Matías no le daría importancia a la descalabrada e inusual medida, pero no contaba con la actitud de los demás profesores. Estaba por entonces el hermano aquejado por un intenso y persistente dolor de muelas que ha querido presentar como atenuante en la intimidad de las entrevistas. No advirtió, y lo ha reconocido, que tal medida que tan rápidamente entendió Mauricio como orden, desautorizaba a Matías, y eso es un derecho que, aunque no figure por escrito, es, entre profesores, inviolable. Entonces Mauricio, que hubiera aceptado cualquier infundada orden de Avelino, consideró oportuno y acorde con sus funciones intervenir atolondra-

damente en lo que a él le parecía un enfrentamiento entre profesor y alumno y antes de que el prefecto autorizara la medida (prevista para dos días después), sin ni siquiera cruzar una palabra con su compañera y amiga Marta ni con el propio Matías, preparó el examen, convocó al chico, le pidió que lo hiciera, lo corrigió y comunicó a Alcaraz, en el acto, que estaba aprobado. Y todavía hizo algo más: creyendo comportarse con caballerosidad llamó a Matías, entró con él en una clase vacía, le enseñó el examen del perverso Rodrigo Alcaraz y le comunicó su irrevocable decisión de aprobarlo. Por entonces nadie sabía que el militante activista había hecho caer en la trampa a su profesor, al jefe del departamento y al propio Avelino Pozas y estuvo a punto de engañar al hermano director. Mauricio explicó al legítimo profesor de Alcaraz en términos elocuentes que las preguntas, el desarrollo y la corrección del examen estaban en toda regla, y habían sido planteadas a conciencia por el jefe del departamento aconsejado por la dirección. Matías no

contestó. La desautorización del profesor Montañés dio la vuelta al colegio y Mauricio, que ya contaba con el desprecio de muchos, fue condenado por los pocos partidarios que le quedaban. Cuando Marta se enteró de lo ocurrido sintió rechazo primero, asco luego, y después náuseas. No había elegido un amante, no, sino una asquerosa y deplorable hiena.

VEINTE

LANZ INTERPRETA A OTELO

La tarde siguiente a la del examen de Rodrigo Alcaraz, y víspera de la tragedia, la propia Marta rogó primero a Matías, al oído, y luego a Willy, a Nacho y a Federico que la acompañaran a la cafetería Brasilia. A la improvisada merienda se unieron algunos profesores más. Marta era consciente de organizar un acto de desagravio, de apoyo a Matías.

Mauricio, que todavía no habría sentido nada que no fuera una conciencia recta de haber cumplido con su deber, supo, porque con esa intención lo hicieron, que estaba siendo aisla-

do, y que la cabeza del revuelo la ocupaba Marta, su Marta, precisamente ella. Cuando el exfraile cogió su coche para volver a casa los vio charlando en el mismo lugar en que él y ella, aquella tarde que no quiere olvidar, salieron andando hacia lo inesperado. Rodó Mauricio, encrespado, por la polvorienta y atosigada ciudad. En su casa, otra vez, debió encontrarse a su mujer tendida en el sofá. Por mucho que ellos quisieran hacer cenas de desagravio él estaba seguro de haberse ajustado a los que dictaba su conciencia porque, según se había explicado a sí mismo muchas veces, no era lícito que un inhábil profesor fastidiara a un buen alumno. Para eso estaba él que era el jefe del departamento y sentía la seguridad de haberlo hecho en cumplimiento del deber aunque los demás le dieran la espalda. También él daba la espalda a ellos, y se la había dado a mucha gente que ahora no iba a pedir explicaciones. Pero no había pensado en Marta. Una cosa era el deber y otra ella. ¿Por qué no lo había comentado con Marta?

— Fíjate, Marta mía, Avelino me ha pedido que examine a un alumno de Matías. No me extraña, ese pobre desgraciado no tiene ni idea.

— Y ella podría haberle contestado: ¡Ni se te ocurra, Mauricio, eso no se hace ni con tu peor enemigo!

Entonces podría él haber entrado en razones, y habrían discutido hasta ponerse de acuerdo, que al final a lo mejor hubiera sido posible llegar a un acuerdo.

— ¡Mauricio!... Deja a Matías que ponga el examen. Tú lo vigilas, si quieres, y luego se lo das para que lo corrija y dices que lo has hecho tú. La decisión que él tome has de hacerla tuya.

Y Mauricio podría haberle contestado:

— Eso tampoco es, Marta, no voy a quedar como un trapo haciendo solo de vigilante.

— No, no es una cuestión de vigilancia, sino de honestidad. Los profesores somos iguales, y tú no tienes que humillar a Matías, ni a nadie.

Y a lo mejor lo habría convencido. Pero a Mauricio no se le ocurrió pedir consejo a Marta. Los que llegaban a la sala de profesores

hablaron de traición. Mauricio se presentó en el colegio convencido de que no iba a saludarlo más que fray Gerardo, el portero, con quien compartía cierta estima, pero que aquella mañana estaba tan enfrascado en su crucigrama que ni lo saludó. Solo el tiempo podría calmar aquel injustificado revuelo. Su querida profesora tampoco le iba a hablar. Probablemente no volvería a decirle nada en mucho tiempo. No le importaba a él que los demás lo despreciaran porque ya estaba acostumbrado a convivir ensimismado en su soledad. A Marta, sin embargo, a su Marta, no era normal que la hubieran transformado. Matías hubiera preferido no oír el consejo que Willy, en el patio, refugiados los dos de la lluvia bajo los soportales, le susurró al oído: «Espero que no le vuelvas a dirigir la palabra». Ni tampoco el de Nacho: «Supongo que habrás mandado a la mierda a ese gilipollas». Ni siquiera quiso dar importancia a las excusas del profesor de matemáticas que no había previsto la magnitud de lo que solo había considerado un incidente pasajero: «Estoy contigo y

contra ese cabrito y contra todos los cabrones frailes de aquí». Y el padre Castrillo, que rara vez tomaba partido, y que nunca se le había oído decir palabras malsonantes, dijo a la hora del café con la sala llena de profesores: «Mauricio es un hijo de puta». Y Federico, cuyas simpatías hacia el proscrito eran conocidas, manifestó discretamente, pero con seguridad, que eso que había hecho, dijeran lo que dijeran, *era una cerdada*.

Y la mañana de aquel día lluvioso de mayo que había llegado Mauricio al colegio con una corbata azul a rayas blancas, pocos añadieron al saludo algo más que los «buenos días». Alentado por sus compañeros, Matías tuvo que aplastar sus propias ganas de armar un escándalo. Por un momento deseó tener las suficientes agallas, como en el colegio de Brunete, para defender su integridad y honra. Fue un impulso. Después llegó la calma y la razón, y pensó en el final de curso que había de ser también el de sus males. Y no quiso hablar, ni protestar, ni elevar la voz.

Apenas había avanzado la mañana cuando Matías se encontró al salir de una clase con Mauricio, que huía secretamente de la tertulia de la sala de profesores porque sospechaba que aquel día sí que había de ser particularmente hostil. Se cruzaron en el pasillo. El exfraile, considerando que el novato no había de tener más que un grato recuerdo de las palabras que él le había dedicado la víspera, lo saludó. Y Matías, con firme voluntad y deseo de que se olvidara el asunto cuanto antes (para que también se olvidaran de él) quiso hablarle de un tema banal y le recordó los preparativos para la velada de teatro en la que había de representarse «Otelo». Mauricio aceptó de buen grado la conversación que venía a echar tierra sobre los incidentes, precisamente con la iniciativa del afectado. Convencido de que su charla había de contener algún mensaje de interés, Matías le propuso, como fiel y obediente colaborador, que el papel de Desdémona habían de asignárselo a Marta, que tan meritoriamente lo había ganado. Y Mauricio, en su papel de jefe,

le agradeció la sugerencia. Unos minutos después, y con esto pongo fin a mis secretísimos informes, los alumnos oyeron decir al profesor Lanz mientras explicaba el significado de *by speeding* en la frase *He doubled the production by speeding the lines*: «No busquéis ningún paralelismo con el español». Y de inmediato se quedó inmóvil y en silencio. Había, sí, una relación paralela y evidente. Matías fue cruel y despiadado, y no inocente y sumiso como fingió. Desdémona, en efecto, le estaba siendo infiel con todo el colegio, y él, Otelo, el jefe, no podía mostrar su indiferencia. Los alumnos leían en el libro la frase en inglés y aunque a veces Mauricio se detenía unos instantes para que los más lentos se recuperaran, aquella vez no había retrasados ni dudas. Y aunque lo vieron mirar al vacío y luego introducir la mano en su desgastada cartera, negra y vieja, que haba dejado abierta sobre la tarima, nadie se atrevió a preguntar. Y aunque sacó de ella una navaja roja que él solía llevar porque estaba repleta de pequeños utensilios, salió de la clase sin excu-

sarse, y nadie lo oyó decir «ahora mismo vuelvo». Y unas puertas más allá Marta no tuvo tiempo de ver la hoja de acero reluciente, sino el rostro desencajado que se acercó a ella y sesgó, sin mediar palabra, unas puñaladas raudas, crudas, frías. Y llegaron de inmediato los profesores que habían oído los gritos desesperados de los alumnos, y se precipitaron hacia él, que echaba espuma por la boca, y hacia ella, que cayó maltrecha sobre la tarima ensangrentada que hoy espera, en el desván, servir de prueba y luego ser consumida por el fuego para que las generaciones venideras no tengan evidencia ni restos de la abyecta agresión. Los llevaron, en medio del desconcierto, al gran recibidor donde los sillones testimonian la grandeza, y colocaron en uno de ellos el cuerpo maniatado de Mauricio, con el rostro embelesado, con la mirada hechizada; y cerca de él la camilla improvisada de Marta, agonizante, con varias puñaladas en el pecho tan profundas y agónicas como el reguero de sangre hizo sospechar a

cuantos tuvieron la oportunidad de contemplarlo.

Velilla de San Antonio,
18 de febrero de 1993,
7 y 26 de agosto de 1996
para la revisión.